

EL MUNDO

Año VI Tomo II

México, Domingo 3 de Diciembre de 1899.

Número 23



Invierno y Primavera.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.



Ahora que con motivo de la zarzuela de unos jóvenes literatos, estrenada recientemente en el Principal, se habla del arte popular mexicano, bueno es recordar que el viejo *Fidel* es el padre de este género de poesía que tiene el don de despertar en las multitudes el amor á estas tres cosas santas: la Patria, la Libertad y la Belleza.

Guillermo Prieto es bardo de alta entonación lírica cuando canta á esas sus deidades. Con la cabellera y el traje en desorden en un divino arrebatado, vuela su inspiración á las alturas. Sus libros de versos contienen fragmentos de epopeyas gloriosas. Es olímpico narrador de batallas. Su *Romancero* es una marcha tocada en medio del campamento por una banda de clarines de guerra. Jugó de joven en el Olimpo. Es un *hoplita*.

Mas este poeta homérico, es también á las veces Aristófanes. Nadie como él para la sátira de costumbres. Y antes que para la sátira, para la pintura; todo un Meissonnier por lo fino y por lo intencionado.

Después de leer la *Musa Callejera* de Guillermo Prieto se queda uno satisfecho, sonriente, tranquilo, como el que torna á casa, ya entrado el día, de vuelta de un paseo matinal, después de empaparse en las campiñas, de rocío, de perfume y de sol. No conozco artista que despierte la emoción de modo más sencillo y natural.

La rima corre fácil y ligera, deliciosamente desaliñada, retozona y risueña, como linda muchacha que, á medio vestir, salta del lecho despertada por la luz de la aurora.

Los hábitos populares toman artístico y brillante atavío en caprichosas conversaciones de versos de arte menor que chorrean picareza gracia. Los romances y seguidillas, sobre todo, suenan á canción de callejuela, acompañada de rasgueos de guitarra, y risas frescas como de mujeres alegres.

Se antojan los sueños de *Fidel* á manera de esos sueños coloridos, de esos paisajes esfumados que la fantasía de los niños suele ver en un frasco de cristal lleno de agua, y puesto á través de la luz. Todo en ellos es límpido, irizado, radioso. Todo derroche de color é inquietud de ondas.

Y en aquel relampagueo de reflejos, el verde es esmeralda, el blanco nieve, el rojo púrpura.

* *

La *Musa Callejera* es un hervidero de chinas ojinegras y brunas, de *charros* barbudos y de léperos parranderos, y audaces.

Por allá va la enagua roja salpicada de lentejuela, siguiendo el rítmico movimiento de las caderas; la zapatilla azul como chapín de reina, hollando el empedrado de las plazas; el rebozo de seda transparente y brillantado como chal de odalisca, prendiéndose en las birolas de plata de las botonaduras. Allá va el sombrero deslumbrador, lanzando chispas de oro de los galones, y sobre la chaqueta de cuero, el *zarape* de bordaduras vívidas, agitando los hilos del fleco.

Cada romance de Prieto es un cuadro pintado á grandes brochazos, pero de un efecto admirable. Como esos lienzos tan estimados por los *devotos*, deben ser contemplados á cierta distancia.

¡Qué color! ¡Qué movimiento! Os acercáis y todo se desvanece. Sólo quedan grumos de pintura, montones informes de color, como si alguien travesando se hubiera entretenido en frotar sobre aquel lienzo una paleta. Guillermo Prieto es un poeta altísimo que habla en *caló*. Mas el dialecto popular sale de sus labios excelso y purificado.

Y es que el lenguaje de envilecida dicción y aspecto bajo sirve de verbo á pasiones nobles, á ideales supremos, á terminos infinitos, como tosca vasija que contiene exquisito vino.

El bardo descende á las últimas capas sociales para sorprender costumbres y arrancar al *argot* obscuro las ideas grandiosas como la negra piedra del mineral los átomos de oro que la abrillantan.

Fidel hizo versos con el idioma que vacila y tartamudea. Volvió á las crisálidas mariposas.

En esas estrofas se agitan nuestros tipos nacionales. Sólo que á través de la poesía del maestro, aparecen esos tipos idealizados.

Apenas hoy fermento de vicio en esos protagonistas callejeros. El patriotismo, el amor, la compasión, la lealtad, encubren las perversidades, las degradaciones, los odios. Allí todo es bueno; el contento sano, la ironía inofensiva, la embriaguez jocosa, el chiste alado.

Fidel es un modelo que debe servir á nuestros jóvenes literatos para costumbres y tipos del país, ahora que el género *chico* ha tomado ese serio y provechoso camino.

* *

En este combate de teatros, á última hora ha triunfado el Nacional. ¿No es verdad que todos celebramos esta conquista del Arte, esta toma de una plaza amurallada por la indiferencia, esta hábil batida á los insurrectos contra el Buen Gusto?

La victoria de la ópera ha sido completa, á pesar de las desgracias y contratiempos de la última semana.

Hemos oído *Carmen* y *Fausto*, durante ella, y las dos magnas obras pudieron salvarse sólo por el respeto y el amor que de antaño les tenemos.

¿Quién ha dicho que *Carmen* es española? No, señor; Merimée, el creador del tipo, hizo una gitana, y Bizet, el maestro, una andaluza..... traducida al francés.

Las pasiones sí pueden ser españolas: son un horno; caldean. Hay mucho fuego y mucha luz en el drama. Huele á clavel el aire y suena la guitarra á lo lejos. Y á pesar de eso, á la letra y á la música se les conoce que, aunque bien disparadas, no son de España.

Al pasar los Pirineos se refinaron como le sucede al aceite y al vino. De la monotonía de los cantares ibéricos Bizet hizo maravillas de movimiento. Enriqueció con nuevos sonidos las castañuelas, la pandereeta y la guitarra. Vertió una gota de *champagne* en las cañas de Manzanilla.

En cuanto al *Fausto*.... ¿le parece á usted bien, señor Sieni, que en lugar de hablar de la audición hable de Goethe?

El viejo Goethe era un impasible. Amaba la serenidad olímpica de la eterna belleza. Meditativo profundo, hundía tranquilamente su pensamiento en el Océano de la vida, sin temor á los temblores de la ola. Analizaba mucho este poeta excelso que no sintió jamás los frenesíes de las pasiones cuando se exaltan ni los arrebatos de los ideales cuando se enloquecen. Por eso las creaciones de este inmóvil sublime son todas símbolo. Bajo el negro birrete de Fausto sueña la Humanidad; con la carcajada de Mefistófeles se ríe la Duda; el corpiño azul de Margarita, como el níveo peplo de Helena, ciñe los senos palpitantes del eterno femenino.

¡Feliz tú, buen viejo, divino viejo, que arrellenado en tu sillón, de rojo y oro, puesta la mano firme sobre la rugosa mejilla, serena y pensadora la frente bajo el blanco palio de la peluca, escéptico, burlón y risueño, viste pasar la procesión desordenada de nuestros anhelos, el tumultuoso séquito de nuestras esperanzas, el apocalíptico desfile de nuestros dolores, el visionario cortejo de nuestras ambiciones, el infame aquelarre de nuestras perversidades! ¡Feliz tú que pudiste reunir lo disperso, atar lo alado, encadenar lo enfurecido en nuestras almas, y sin rencor y sin odio, nos arrojaste, viejo Goethe, tu ironía hecha libro para que nos reconociéramos en Fausto, amáramos á Margarita y tuviéramos un fiel compañero de insomnio en Mephisto! Gracias á tí, nos asomamos á la ventana ojival en busca de la Verdad Eterna, durante las noches diáfanas y frías de tu Alemania, y nos sentamos junto á la niña rubia, á la fresca sombra de los árboles, para deshojar flores y contar melancolías.....

El Exterior
Revistas Políticas y Literarias

A propósito de Andrea Chenier.

¿Queréis, amables lectores míos, y pacientes y nobles, que dejemos por hoy el Transvaal á punto de ser abordado por los soldados de Methuen y Redvers Buller y á los dervises, exterminados en sus aduarez por los *maxims* y los *dum-dums* y á los tagalos probablemente ya despojados de su Aguinaldo y su hosca y bravía libertad, y al Emperador Guillermo borrando con la champaña de Windsor el telegrama al presidente Kruger, para hablar un poco de arte, un poco de un poeta muerto á los treinta años y que por eso me es dolorosamente querido? Supongo que decís: ¡Bah! Veamos. Ved, lectores.

En la obra aplaudidísima de Giordano y que es de veras interesante, la música traduce con elegante sobriedad algunos de los principales elementos de aquella época infernal y divina y los combina en un tono de pasión y de sangre. El joven artista italiano se metió dentro de aquella gran historia como en uno de los círculos dantescos, procuró vivirla, dejó que se imprimiera hondamente en su alma y nos tradujo en música su impresión; es reducida, su alma por su

ecuación especial (cada alma tiene la suya), no es sensible á todo en el mismo grado, el poeta (hablo del músico) no lo vió todo pero lo que vió lo vió bien y nos lo dice encantadoramente.

Así el primer acto es francamente simbólico; la incurable frivolidad de la sociedad en vísperas de la Revolución, frivolidad heredada de un siglo entero de galanteos y placeres; el amor á la virtud, predicado por Rousseau y su secta convertido en una moda, en un juguete, en una especie de traje á la griega, que dejaba á la naturaleza toda su libertad de movimientos y de exhibiciones, el amor á la libertad del género humano profesado por las marquesitas de tacón alto, media calada, seno al fresco, peinado en las nubes: deliciosas cabezas de Boucher y de Watteau, que en las puntas de las picas, todavía conservarían los rizos del tocado empapado en sangre coagulada y sobre la tez lívida de muerte, el carmín y los lunarillos de los afeites postreros; la igualdad aclamada en los salones con las rosas y los pomos de esencia en las narices para no sentir el aroma animal del pueblo soberano; la fraternidad profesada en forma de luises de oro dejados caer en las manos negras y húmedas del hambre, por las manecitas finas de uñas rosadas y piel de seda, y un sordo delirio por gozar mucho, por gozar pronto, por saberlo todo, por apurarlo todo, como si en la luz azulada y triste que se mezclaba á la de las bujías al fin de una noche de baile, se adivinase una agonía, un fin; de todo eso hay un poco en el primer acto, que parece un idilio en los umbrales de un cementerio. Marquesas; perfumados *abatins* que agotan la dulzura de vivir, como el futuro príncipe de Benevento; poetas declamadores; lacayos insolentes en quienes el odio y la envidia maduran á los próximos proveedores de la guillotina; pastorcillos de comedia acicalados y pomponados y trascendiendo á jazmines y el grupo escuálido, brutal y astroso de los famélicos, en quienes la plebe del día siguiente muestra los colmillos afilados y la gola roja, son los personajes de ese primer cuadro un poco incoherente y murmurante y vago como era la época; delicioso paisaje decadente y lánguido al través del cual serpea el grácil dibujo melódico de una gavota fin de Siglo....

Muy bien; pero si yo hubiese sido el autor (no soy poco presuntuoso como veis) le habría dado un segundo cuadro á ese simbolismo claro del comienzo, habría contado y puesto en acción la vida de las prisiones durante el Terror; allí precisamente donde estuvo Chenier, en donde conoció y cantó, en las inmortales estrofas de la *Joven cautiva*, á la duquesita de Fleury—la Magdalena de Coigny del libreo: dice así la prisionera:

La ilusión fecunda aquí en mi seno habita,
Sobre mí en vano pesan de una prisión los muros,
Pues más las dos alas de la esperanza son;
Cuando escapa á las redes del pajarero impío,
Más feliz y más vivo del cielo en los espacios
Cantanto vuela el ruiseñor.
¡Y qué! morir yo puedo! yo que duermo tranquila.
Y que tranquila velo, sin que en vigilia ó sueño,
El cruel remordimiento me haga padecer.
¡Mi bienvenida al día me ríe en tantos ojos!
Y en tantas frentes tristes, un poco de alegría,
Con solo mi presencia casi hago renacer!
¡Oh! mi hermoso viaje tan lejos del fin se halla!
Voy; de los verdes olmos que bordan el camino,
A penas los primeros acabo de pasar;
Y á penas de la vida en el festín que empieza
Los bordes de mi copa, que llena todavía,
Un instante mis labios acaban de tocar.
Estoy en primavera, quiero ver la cosecha;
De una estación en otra yo como el sol deseo
Mi año concluir.....

Y por cierto que esta joven cautiva no fué la pasión del poeta; fué la encantadora mujer que en algunos divinos versos llama *Fanny* (Mme. Laurent-Coulteux); y por cierto que la bella Franquetot de Coigny, salvada de la guillotina á fuerza de oro por su amante M. de Monrond, se casó al fin con este caballero y pudo ver brillar la aurora del renombre de su cantor que murió en plena noche; la luz que brotaba de su tumba tardó mucho en traspasar el olvido; los dioses, los dioses helénicos de este último de los poetas paganos, que mostraron, como suelen, su dilección por él haciéndolo morir joven, le dieron lentamente la gloria; don divino, don eterno.

Pero volvamos á nuestros carneros; la vida de las prisiones durante el Terror, allí, sobre todo, donde abundaban los nobles, las señoras y la gente de buen tono, al través de miserias indecibles y de mortales angustias, continuó siendo la vida frívola de los salones y los *boudoirs*; citas amorosas, *liaisons dangereuses*, bailes, comedias en que reían las muchachas y las viejas de la horrible protagonista Mme. la Guillotine, eso constituía la ocupación de los prisioneros que no pudiendo evitar la muerte le hacían la mamola. Algo habría dado, por ver *musicada* una escena de este género, con el antiguo lacayo haciendo el papel con tanta energía trágica burilado en sus *tambos* por Chenier:

Et sur les gonds de fer soudain les portes crient;
Des juges-tigres, nos seigneurs,

Le pourvoyeur parait. Quelle sera la proie
Que la hache appelle aujourd'hui?
Chacun frissonne, écoute; et chacun avec joie
Voit que ce n'est pas encore lui.

Y el pueblo asomado por ahí bajo las nuevas especies de soberano absoluto, decorado con el gorro frigio de los antiguos libertos, descalzo y hambriento, como en el coro de los famélicos del primer acto, pero satisfecho con su corona roja;

... il demande du pain,
On lui donne du sang. Il voit tomber des tetes;
Il chante et ne sent plus la faim.

Y entre risas, desmayos, gritos de angustia, sollozos de agonía, y risas, y ecos de carcañolas y de *gaira*, serpea el dibujo melódico de la gavota fin de siglo... transportada al tono menor para darle aire de marcha fúnebre... ¡oh! qué bien, que bien, en estas escenas que yo sueño, daría valor á las transiciones—que son todo el arte—Adela Gini con su maravilloso poder de expresión.

* *

Chenier es casi un ausente en la obra; viva y presente está Magdalena, no Chenier que es allí un dulce y declamador poeta erótico cualquiera; sólo ha servido de pretexto á la descripción de las pasiones de aquella época convulsivamente trágica, en que los cantos eran rugidos y los suspiros estertores de agonía; diez ó doce poetas como ese deben de haber muerto en la guillotina. No, la ópera de Giordano debía titularse «La Revolución:» el protagonista es Gerard y Gerard es la Revolución.

Chenier era otra personificación no tan grande, quizás, pero más bella; es la poesía pagana, de mármol puro y claro como el dios de Klaros, mutilada por el martillo de los iconoclastas y arrojada de su pedestal en florado, á un charco de sangre. La poesía pagana ha tenido después imitadores, reproductores perfectos, pero no en mármol blanco, sino negro de pesimismo y de dolor secreto (pienso en Leconte Delisle). Chenier no es eso, no es un imitador, aunque imita, no es un reproductor, es un creador de poesía transcripta en lengua inhélica, exactamente como lo eran los Alejandrinos, los deliciosos poetas del ocaso espléndido de la poesía griega; es lo mismo que Tibulo, que Catulo, también creadores, también latinos que reproducían, pero que eran poetas completos, poetas griegos en latín; de esta selecta y exquisita familia fué este «primer poeta de su época, el artista superior y delicado que reabrió las fuentes antiguas y abrió las modernas.» (Taine—*La Revolution*—VI).

¿Abrió las modernas? No creo; no hay en su copa una sola lágrima cristiana y si el siglo XVIII es el fin del movimiento esencialmente pagano del Renacimiento, casi exactamente como el período alejandrino, de ciencia y de débil y deliciosa poesía, fué el período final de la cultura helénica; el alma cristiana que renace con las alas teñidas de sangre por la Revolución en el alma de Chateaubriand, anima toda la poesía moderna hasta la de los que la rechazan con desdén ó con ira, en nombre del arte puro; no, no hay un solo vislumbre de ese espíritu nuevo en la poesía de Andrés Chenier; cuando decía:

Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques
hablaba de pensamientos, no de sentimientos: el misterio, la inquietud, la sublime angustia del sentimiento cristiano, el don de lágrimas de la poesía moderna, que ha tornado á perder la fe conquistando como elemento supremo el incurable dolor de haberla perdido, todo esto es un mundo, ni entrevisto siquiera por el divino poeta del *Ciego* y de la *Joven turentina*. El pensamiento nuevo, sí; la eterna ambición de los poetas de alas grandes: reducir, como Lucrecio, la ciencia de su época á fórmulas poéticas, contar, al son de la lira, los orígenes del Universo y de la Tierra y de la sociedad, mostrar todas sus leyes resumidas en una ley suprema y todo movimiento, es decir, toda libertad, convergiendo hacia la unidad y sumándose en el orden. Vano empeño este de hacer decir á la lira la verdad de la ciencia, que es un perpetuo *devenir*, una relatividad perenne; hoy sí, mañana no, siempre *quién sabe*; empresa sobrehumana la de hacer caber en una ánfora delicada y pura del *Cerámico*,

L'océan éternel où bouillonne la vie

que era lo que Andrés quería... Pasan, se modifican las doctrinas de los sabios, la verdad de un gran sistema se derrumba minada por sus errores y el monumento poético que la contenía se deshace en fragmentos que cubre el polvo de la eterna marcha humana. Suelen esos fragmentos ser gemas fulgurantes; de esas hay en el *Hermes*, que empezaba el poeta á bosquejar; pero una obra imposible.

Lucrecio la llevó á cabo y del sorprendente edificio sólo retenemos un ángulo de cornisa, la hoja de acanto admirablemente *volutada* de un capitel de mármol, un trozo de friso digno de Fidias, la estatua mutilada de Venus:

Alma Venus hominum divomque voluptas.

No, los poemas perdurables son los del sentimiento, esa es la sola verdad que eterniza el arte: la del amor, la del dolor, que es la misma; querer descubrir las causas de las cosas, hará de un poeta un Fausto, nunca un Dante; nunca un Virgilio, este otro rimador divino que pegaba el oído al corazón de la naturaleza y murmuraba, escuchando sus misteriosos latidos: *son las lágrimas de las cosas*.

Pero si la empresa de este último heleno era imposible, el solo intento engrandece el alma... Y así, entre ensueños de amor indeciblemente voluptuosos, que parecían depurarse al ser vaciados en el molde purísimo del arte, el joven hijo de Bizancio, que llevaba en sus venas la helénica sangre materna y que había nacido á la inteligencia silabeando los poemas homéricos, llegó risueño á los umbrales de la Revolución.

* *

Era una aurora, la saludó, en el estilo de los líricos de su época, como una venida de sol; había rastro de sangre en esa aurora, sangre derramada por la demencia de las multitudes hambrientas, pero esto era pasajero; efectos de púrpura en el Oriente; ascendería Apolo en su carro de oro y las nubes se disiparían y la nueva luz sería, en el zafir immaculado, esa nueva luz entrevista por los grandes precursores, sería la libertad. ¡Oh! qué sublime delirio, qué embriaguez sagrada; asistir al Génesis de un mundo mejor: en la noche del 4 de Agosto, en el momento de suprimir para siempre el derecho feudal á ruegos de la nobleza y la Iglesia, la Asamblea nacional pronunciaba el *fiat lux* de la flamante creación.

Adorador de la libertad, pero desde arriba, *in excelsis*, una libertad immaculada como la Pallas-Athené, una diosa de acrópolis helénico, digna del cincel de Fidias y de la adoración de Atenas, una libertad á la griega, la república, no como los griegos la habían practicado, ¡ay! sino como la habían amado algunos de ellos, los Chenier del tiempo de Perikles; pero el joven poeta francés olvidaba que esa libertad por él adorada, que esa redentora de manos puras, que esa agua lustral más clara que la de la fuente Kastalia, no había existido nunca; pensaba en Aristides y en Catón, ¿por qué no recordar á Kleon, á Amytos, á Clodio?... En suma, confrontaba, muy pronto inquieto, desilusionado y triste, su ideal platónico de virtud republicana, con la realidad brutal que crecía tumultuosa ante sus ojos de artista, y vaciló y dudó... Después, cuando vió todo respeto humano escarnecido, cuando presencié el arrastramiento de la inocencia sobre el pavimento ensangrentado de las calles por las multitudes epilépticas, cuando asistí al estupro feroz de la impúber libertad republicana, todo lo que en él había de pasión por lo bueno y por lo bello, subió desde sus entrañas en una ola de hiel á sus labios y empezaron sus odas á silbar como el sarcasmo (el himno á los soldados de Chateaubriand) y luego á crujir como el hierro candente plantado en la carne viva, y luego inventó el *iambo* francés, para desahogar su cólera inmensa, inmensamente noble y justiciera: los alejandrinos combinados con los octosílabos, con una maravillosa gracia de movimiento suelto, dijeron en rimas alternadas lo que nadie se atrevía á decir, lo que nadie quería pensar: que aquellos imbéciles trágicos que substituían la libertad con la guillotina, pasarían, morirían, ó moralmente cambiando la adulación al pueblo en adulación al César, y trocando la blusa de la *sección* por la librea napoleónica, ó materialmente, y estos eran los mejores, tragados por el ídolo que habían levantado sobre las aras volcadas de la justicia y la piedad...

* *

Cuando aparece Chenier en el drama lírico que todos hemos aplaudido, ya circulaba en manos de muchos la oda á la matadora de Marat, á Carlota Corday, la Juana D'Arc del homicidio. Al pie de este artículo la encontrarán nuestros lectores rápidamente traducida.

El poeta no sólo tenía un gran valor, sino una gran razón, no en santificar á la homicida, sí en admirarla: no en levantar el puñal sobre los que hicieron imposible, con la guillotina, la consolidación de la república en Francia, pero sí en enderezar su musa altiva y vengadora en frente del patíbulo y decir al Terror, encarnado en unos cuantos dementes y en muchos cuantos foragidos: no sólo eres criminal, eres estúpido. Es muy fácil y puede eso servirnos para cubrir nuestras pavorosas pusilanidades cívicas, con la máscara de una feroz virilidad retrospectiva ensalzar el Terror, cubrir con flores el cuchillo de la guillotina como si fuese la espada de Harmodio oculta bajo los mirtos, y atizar las lámparas que ardían en los altares donde recibía culto el *sagrado corazón de Marat*; pero esta manía jacobina, buena para asustar á los ignoros ó á los cobardes, no seducirá nunca ni á la justicia ni á la historia.

Armar á la Revolución con el hacha, para combatir á los enemigos interiores, aunque est.s fueron creados *ex profeso* por los errores de los legisladores, enherabuena: los instantes eran supremos, formidables los peligros; Francia era una plaza sitiada, hervía la

conspiración á sus pies, el patriotismo en forma de cólera roja, le congestionaba el cerebro y no había remedio: la muerte era una arma que defendía la república; mas poner esa arma en manos de la pasión más brutal, más ciega, más imbécil, encargándosela á la injusticia misma personificada en unos animales de instintos puros de sangre, encargar el castigo á los antropófagos, esto es indefendible, hasta la defensa se vuelve horrenda. Y si el Terror constituido adrede para no poder jamás discernir la culpabilidad de la inocencia, tiene alguna explicación patológica cuando la república estaba en peligro, después, cuando la Coalición fué hecha pedazos, cuando fué vencida en Fleurus y el peligro cesó y la república se volvió invasora y los ejércitos heroicos de la revolución despertaron los ecos de la gótica Alemania con las estrofas de la Marsellesa, entonces ¿qué significación podía tener? ¿que era más que una de las más temerosas aberraciones que han afligido á la historia? Y, sin embargo, siguió y siguió: la guillotina no se saciaba, tenía que devorar á la revolución misma, tenía que hacer posible á Napoleón.

Cuán heroicamente grande aparece el joven prisionero de Saint Lazare, irguiéndose en medio de estos horrores con su lira de fierro en la mano para rimar sus maldiciones elocuentes. Falta este Chenier en el drama, así como falta el poeta griego; y cuenta que no incrimino al autor del *libretto* por haber alterado casi toda la historia del poeta, este era su derecho, si de ello resultaba una obra de arte; en manos de un creador de belleza la historia sólo puede ser materia prima transformable, pero cuando se quiere resucitar en el mundo ideal del arte una personalidad histórica, preciso es respetar su alma y su carácter, que es la exteriorización del alma. ¿No os parece, lectores?

* *

Bueno, ¿habéis leído por curiosidad el proceso de Andrés Chenier publicado como introducción de sus obras en prosa? Lo habéis leído con sus equivocaciones y sus equívocos, su redacción salvaje, su ortografía inverosímil? ¿qué efecto os ha producido? A mí me ha causado siempre la impresión de un efebo hermoso y tierno machacado hasta la muerte por las fereas patatas de unas mulas desbocadas, ¿Y sus postreros versos, su último suspiro de poeta, ese que Giordano traduce en una esquisita melodía:

«Como un rayo postrero, como una ráfaga última, ensayo mi lira al pie del cadalso; pronto vendrá mi turno.—Acaso antes que la hora girando en círculo haya descansado en el pulido esmalte su pie vigilante y sonoro, el sueño de la tumba, pesará sobre mis párpados—antes que el verso aquí empezado, haya llegado á la última de sus dos mitades, quizás entre estos pávidos muros, el mensajero de la muerte, negro reclutador de sombras, conmoviendo con mi nombre estos largos y sombríos corredores, en que, solo entre la multitud, discurro aguzando estos dardos perseguidores del crimen, de súbito la rima suspenderá en mis labios. Y cargando de ligas mis brazos, me arrastraré, atrayendo en torno mío á mis tristes compañeros cautivos; todos me conocían antes del mensaje espantoso, pero no me conocen ya.

«Y qué ¿nadie sobrevivirá para conmovier á la historia, sobre tantos justos asesinados? Para que estos ominosos foragidos tiemblen ante sus retratos, negros de semejanza, para descender hasta los infiernos, anudar el triple látigo, el látigo de la venganza ya levantado sobre los malvados; para cantar sus suplicios! ¡Ah! ahoga tus clamores; sufre, corazón preñado de odio, hambriento de justicia... Virtud, llora tú si muero.»

Bravo, poeta, así se muere; así se pasa, ó con infinita misericordia, ó con supremo valor; eso, como decía uno de tus augustos abuelos, eso es morir *en roi*. Tu corona ensangrentada empezó á irradiar suavemente en la tumba y después fué una constelación frente á la cual gira en su órbita inmensa el sol del arte. Eres más que un poeta; eres la musa trágica del amor á la verdad y á la justicia.

Justo Pierr

A CARLOTA DE CORDAY.

Ejecutada el 18 de Julio de 1893.

¡Qué! mientras que los perversos y los cobardes consagran entre los inmortales á su Marat, con lágrimas y sollozos ó fingidos ó sinceros, y que, soberbio sacerdote de este ídolo vil, un reptil impuro, vomita desde el fango del Parnaso un himno infame al pie de sus altares.

* *

La verdad calla! En su gélida boca, la lengua paralizada por el miedo, escatima un justo homenaje á las proezas gloriosas! ¿Vivir es, pues, tan dulce? ¿Cuál es el precio de la vida, cuando, esclavizado el

pensamiento bajo un yugo ominoso, se esconde á todos los ojos temblando en el fondo del corazón?

* *

¡Oh! no, no, yo no quiero honrarte á tí en silencio, á tí que creiste resucitar á Francia con tu muerte y consagraste tu vida á castigar el crimen. La espada armó tu brazo, niña grande y sublime, para avergonzar á los dioses, para reparar su iniquidad de haber dado á un monstruo las facciones de un hombre.

* *

Sí, la serpiente negra, en su caverna impura, sintió, al fin, desgarrado por tu mano segura, el venenoso tejido de sus horrendos días! A las entrañas del tigre, á sus dientes homicidas, tú viniste á pedir los lívidos miembros, la sangre de los hombres que devorado había!

* *

Sus ojos moribundos alcanzaron á verte, soberbia en tu alegría, felicitar tu brazo y contemplar tu presa. Tu mirada decía: «ve, tirano furioso, ve, corre á abrir el camino á tus cómplices. Fué tu mayor delicia bañarte en la sangre humana, báñate en la tuya y confiesa que hay dioses.»

* *

La Grecia, ilustre niña, de tu valor admirada, habría agotado los mármoles de Paros, para colocar tu imagen al par de la de Harmodio y de la de su amigo; cien coros, en tu tumba, con embriaguez sagrada, habrían cantado á Nemesis, la tarda y lenta diosa que hiere á los malvados en su solio dormidos.

* *

Mas la Francia abandona al hacha tu cabeza, y á quien prepara fiestas es al monstruo rodeado de sus compañeros dignos todos de su suerte. ¡Oh! Cuán noble desdén sonreía en tu boca, cuando un foragido, queriendo vengar á la fiera, creyó ponerte pálida mostrándote la muerte!

* *

El debió ponerse pálido, él y tus siniestros jueces y nuestro ominoso senado y sus ministros ominosos,

cuando, sin temor y sin apoyo frente á ellos, tu dulzura, tu simple y magnánimo lenguaje, les enseñó que, por potente que el crimen sea, quien renuncia á la vida es más potente que él.

* *

Bajo el gentil aspecto de tu jovial sonrisa, largo tiempo los senos impenetrables de tu alma, ocultaron la suerte segura del perverso. Así acumula secretamente la borrasca el cielo azul, que ríe, mientras se apresta mudo á fulminar los montes y á sacudir los mares.

* *

Joven, brillante y bella, cuando ibas al verdugo, llevada, parecías, en triunfo al himeneo; tu frente era apacible, serena tu mirada; en lo alto del cadalso, tranquila despreciaste la rabia de un pueblo abyecto, servil y fecundo en ultrajes, que sólo así se cree soberano y libre.

* *

La virtud sola es libre. Honor de nuestra historia, nuestro inmortal oprobio vive allí con tu gloria; tú sola fuiste un hombre y vengaste á los hombres. Nosotros, viles eunucos, rebaño cobarde y sin alma, sabemos repetir algunas quejas de mujer; mas pesaría el hierro á nuestras flacas manos.

* *

Tú no pensaste nunca que á los manes de Francia, que á su venganza fuera bastante un traidor muerto, ó que tú sola podías sacar del caos sus dispersados miembros: querías, inflamando los corazones tímidos, un despertar de hierros sobre esos parricidas, hartos de sangre, grasos de infamia y de rapiña.

* *

Es un criminal menos, que se arrastra en el fango; y la virtud te aplaude; de su viril encomio, oye, bella heroina, oye la voz augusta. ¡Oh! Virtud, el puñal, he aquí tu arma sagrada; el puñal, sola esperanza de la tierra, cuando el rayo deja reinar el crimen y te vende á sus leyes.

EL PLACER Y LA FELICIDAD.

Acaba de darse un caso de suicidio típico, característico, admirablemente descriptivo de cómo solemos entender la vida, de la desmesurada importancia que damos en ella á todos los goces, á todos los deleites, á todos los placeres y de la bancarrota de la felicidad que resulta de aspirar tan sólo á ser felices.

Un joven de buena familia hereda una fortuna no despreciable. Si hubiera sido inglés, norteamericano ó siquiera francés, su primera preocupación habría sido invertirla en algo productivo, hacerla fructificar, acrecentarla. Tomándola como punto de apoyo y sirviéndose del trabajo como de una palanca, hubiera emprendido, negociado primero en pequeña escala, después y poco á poco en mayor proporción; hubiera comenzado con un tendajón y hubiera acabado con un almacén. Acumulado grano á grano el ahorro diario y el fruto del trabajo cotidiano hubiera empezado *poquitero* y acabado millonario; se habría casado, fundado y educado una familia numerosa, socorrido desvalidos, fundado obras benéficas, calmado hambres, vestido desnudeces, restañado lágrimas, prodigado consuelos y hubiera vivido largos años feliz y derramando en torno suyo el bien y la felicidad.

A lo largo de esa senda de labor y virtud hubiera cosechado flores y frutos, gozado de las más nobles satisfacciones de la existencia, del respeto de sí mismo, de la posición dignamente conquistada, de la conciencia de ser útil y bueno y de haber llegado á ser poderoso con sólo el propio esfuerzo y la personal energía.

Ante los inevitables contratiempos de la vida y ante las dramáticas peripecias de sus empresas y de sus negocios hubiera encontrado como consuelo la fé en sí mismo, la nobleza del fin perseguido, y al sentir la presión de las energías internas, jamás abatido y siempre confiado,



El Estanque de Saint-Cucufa.

MONTERREY.—Manifestación en honor del Sr. General Diaz.



Organización de la procesión cívica en la Alameda Porfirio Diaz.

Fot. D. Lagrange.

hubiera afrontado adversidades, soportado catástrofes y hubiera sido feliz en fuerza de no preocuparse de la felicidad.

Así proceden y así viven los hombres fuertes y los pueblos enérgicos; "tiran" sobre la felicidad por elevación; apuntan, como los billaristas, por tabla. Se proponen un fin cualquiera, la riqueza, la gloria, la grandeza de su patria ó de su familia, la conquista ó la propagación de la verdad, cualquier cosa difícil y remota, elegido el fin se consagran á realizarlo, luchan y bregan, salvan obstáculos, sortean escollos, inventan medios y combinan cálculos y siempre con la vista fija en el norte que los guía, sólo piensan y se afanan por llegar á la meta. Si se les pregunta ¿cuáles son tus goces, tus satisfacciones y placeres? Contestan: luchar y si posible es, vencer.

Nada más profundamente sabio que vincular la felicidad en la lucha. Desentenderse de la dicha actual y tangible, menospreciar la victoria misma sin dejar de perseguirla; gozar con solo combatir, disfrutar con solo emprender, hacer del trabajo un deleite, de la lucha una voluptuosidad es jugar una "mala pasada" á la adversidad, burlarse del sino que nos condena á la desgracia, reír á las barbas del destino que nos acosa y transformar la parrilla de San Lorenzo en el lecho de rosas de Cuauhtémoc.

La dicha es esquiva y voluble, huye de quien la persigue y busca á quien la desdenna, hay que tenderle redes como á un ave, que ofrecerle cebos y anzuelos como á un pez; los niños que pretenden atrapar mariposas con las manos, corren, giran, saltan, se afanan y fracasan; sudorosos y agitados acaban por caer rendidos y llorosos con el corazón desolado y las manos vacías.

Tal el suicida de que antes hablábamos.

Una vez en posesión de su herencia se traza un plan descabellado, estilo Espronceda, propio y peculiar de nuestras almas volcánicas y de nuestros corazones ardientes. ¿Qué quieres? parece decirle la fortuna; trabajo, prosperidad, posición, grandeza, gloria? Pues ahí tienes los medios de alcanzarlas. El contesta: quiero gozar, quiero inundarme de dicha, disfrutar de todo, aspirar todos los perfumes, sentir todas las embriagueces, habitar todos los paraísos, amar á todas las huríes. Y se lanza y aquellas embriagueces son de alcohol con resabios y náuseas; aquellos perfumes son de alhucema; aquellos cálices de amargura. Las huríes, mercenarias; los amigos parásitos, los paraísos, antros. En vano clama:

Inventad otros placeres
Otro mundo, otras mujeres!

No los hay; los grandes goces humanos son de imaginación y no de realidad; las emociones extremas y sublimes son propias de poetas y no de vividores. Mientras más sed se siente de goces inéditos, refinados, exquisitos, más turbias é impuras resultan las linfas que han de calmarla. Mahoma colocó su paraíso más allá de la vida, porque no existe ni puede existir en la tierra. La sed de placer mata la felicidad; el sibarita acaba por no tolerar en su lecho de rosas las arrugas de un pétalo. Consagrarse al placer es condenarse al sufrimiento y á la muerte, como consagrarse al ocio es condenarse á trabajos forzados. Por no querer sufrir, por rehusar la lucha, por aspirar tan solo el deleite el hombre se ata al pie una cadena de galeote.

Para sentir blando el jergón es necesario rendirse de fatiga en el trabajo; para encontrar delicioso el pan es forzoso no abusar de la trufa, para beber con avidez el agua pura es indispensable no estragarse con el alcohol, para sen-

tirse feliz en el seno de la familia hay que huir del casino y del club. Una ley natural é ineludible obliga al trabajo para que sea grato el ocio, exige haber sufrido para ser capaz de gozar é impone como precio de la felicidad una indispensable dosis de sufrimiento.

Quien olvida esta ley ó trata de transgredirla se condena al hastio ó á la desesperación. El infortunado suicida que despedazado el cráneo yace desnudo y abandonado sobre la plancha del anfiteatro en espera de la autopsia, es ejemplo vivo y palpante de ese olvido y de esa transgresión.

La fórmula de la felicidad está toda constituida en la frase profunda de Juan Valjean á un ladrón:

—Ah! quieres holgar? pues trabaja.

DR. MANUEL FLORES.

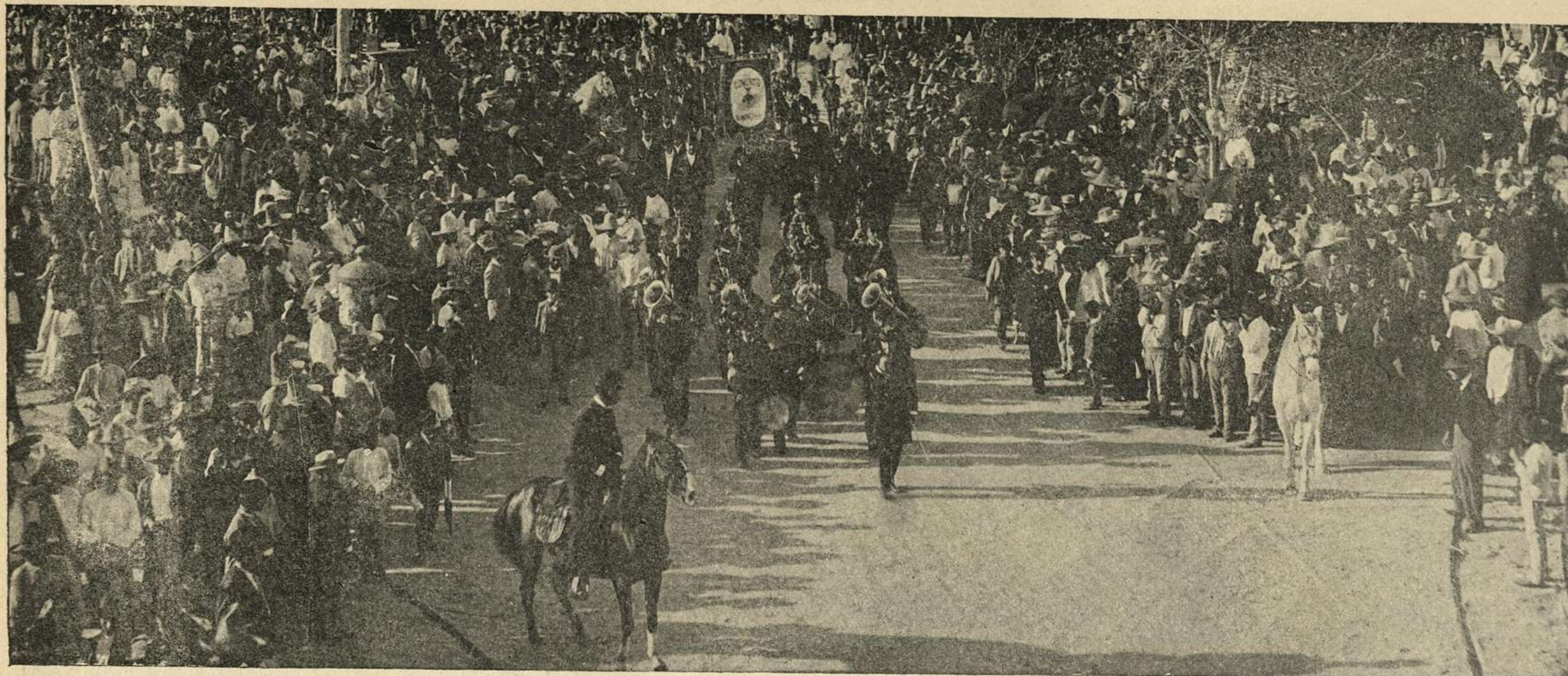
LA GRAN MANIFESTACION AL SR GENERAL DIAZ EN MONTERREY

De *La Voz de Nuevo León* tomamos la siguiente completa reseña de la notable manifestación con que fué acogida la candidatura del Sr. General Diaz para la Presidencia de la República:

La circunstancia de estar próximo el tiempo en que debe efectuarse la renovación del Poder Ejecutivo, ha movido á todos los que sienten verdadero interés por el progreso de México á fijarse en la persona que ha de desempeñar tan alto puesto; y ninguno se ve, dadas las notables condiciones por que atraviesa el país, que pueda ser más á propósito que el integérrimo y notable estadista Sr. General Porfirio Diaz.

Al concebirse la idea de que hacemos mérito, procuróse con prudencia explorar la opinión pública, y

Monterrey. Manifestación en honor del Sr. General Diaz



Comienza el desfile de la procesión cívica, saliendo de la Alameda Porfirio Diaz.

Fot. D. Lagrange.

ésta de un modo manifiesto se ha pronunciado en favor del ilustre caudillo de la paz.

Es imposible arrancar de la conciencia del pueblo mexicano, el afecto que siente hacia el gobernante modelo, que ha sabido encumbrar á México, notablemente, y encumbrarlo por medios tan firmes que ellos mismos harán que sean perdurables los adelantos que alcance en las luchas del trabajo.

La minería, la agricultura, el comercio, todo lo que es grandioso elemento para el progreso de los

pueblos, ha podido encontrar apoyo en el esfuerzo del actual Primer Magistrado de la República, y así es como palpamos esta voluntad incansable y perseverante, que no cesa en su labor por robustecer la obra que tan patrióticamente principió á levantar por sobre los escombros de nuestras extintas revoluciones pasadas.

Todo esto lo sabemos los que hemos visto cómo esa obra ha ido agigantándose, alentada por una voluntad enérgica. En estos hechos radican las espon-

táneas simpatías que se sienten profundamente por el que así ha hecho grande y próspero á México.

Como al principio expresamos, las clases que más suponen en el país, se propusieron hacer una manifestación de aprecio en honor del Sr. General Díaz.

En México se efectuó esa manifestación, según lo ha expresado la prensa; y aquí en esta ciudad, que bien refleja la atinada gestión gubernativa del señor Presidente de la República, no se podía permanecer



La comitiva hace alto en la Plaza de Hidalgo, en donde se le dirige un discurso desde lo alto de una plataforma en que se reúnen los estandartes de las corporaciones que la formaron.

Fot. D. Lagrange.

indiferente á tan justa muestra de gratitud y patriotismo.

El jueves de la semana que hoy termina, á la vez que en la Capital de la República se verificaba la manifestación de que antes hablamos, aquí tenía lugar la misma, entusiasta y digna, como la hemos presenciado todos los que asistimos á ella.

De conformidad con el programa y ceremonial respectivos la que aquí se efectuó tuvo un éxito hermoso cual convenía á la alta personalidad á quien se dedicaba.

En la procesión cívica que partió de la Alameda Porfirio Díaz, figuraban las representaciones del comercio, la banca, agricultura é industria.

La procesión cívica formaba un conjunto verdaderamente grandioso. Cada corporación llevaba al frente el estandarte que la simbolizaba, y cuatro músicas iban interpoladas en la columna. Se distinguió, por las especiales banderas que llevaban los que formaban el grupo respectivo, por un carro artísticamente ornamentado y aun por lo numeroso de su personal, la Cervecería Cuauhtemoc, así como los gremios de obreros presididos por el Sr. Marin Peña, y la Sociedad del Sr. Pedro Treviño.

Por lo demás todos los grupos se esforzaron en presentarse decorosamente y centenares y centenares de pequeñas banderas con los colores nacionales ondeando en lo alto cuando la música sonaba, daban un aspecto arrebatador á la solemne procesión cívica, en la que no se advirtió una nota discordante ni un solo atropello siquiera; y bien se miraba que todos sin excepción interpretaban el objeto de la fiesta y se conducían como á ella correspondía.

Contribuyeron á su mejor organización las acertadas disposiciones con que fué preparada y la corrección del Sr. Ingeniero Ignacio Morelos, maestro de ceremonias y las personas que le servían de ayudantes.

Al llegar los manifestantes á la plaza de Hidalgo, en donde se levantó una amplia plataforma, frente á la estatua del padre de nuestra independencia, el Sr. Lic. D. Vicente Garza Cantú, pronunció un discurso (que ha merecido muy justos elogios).

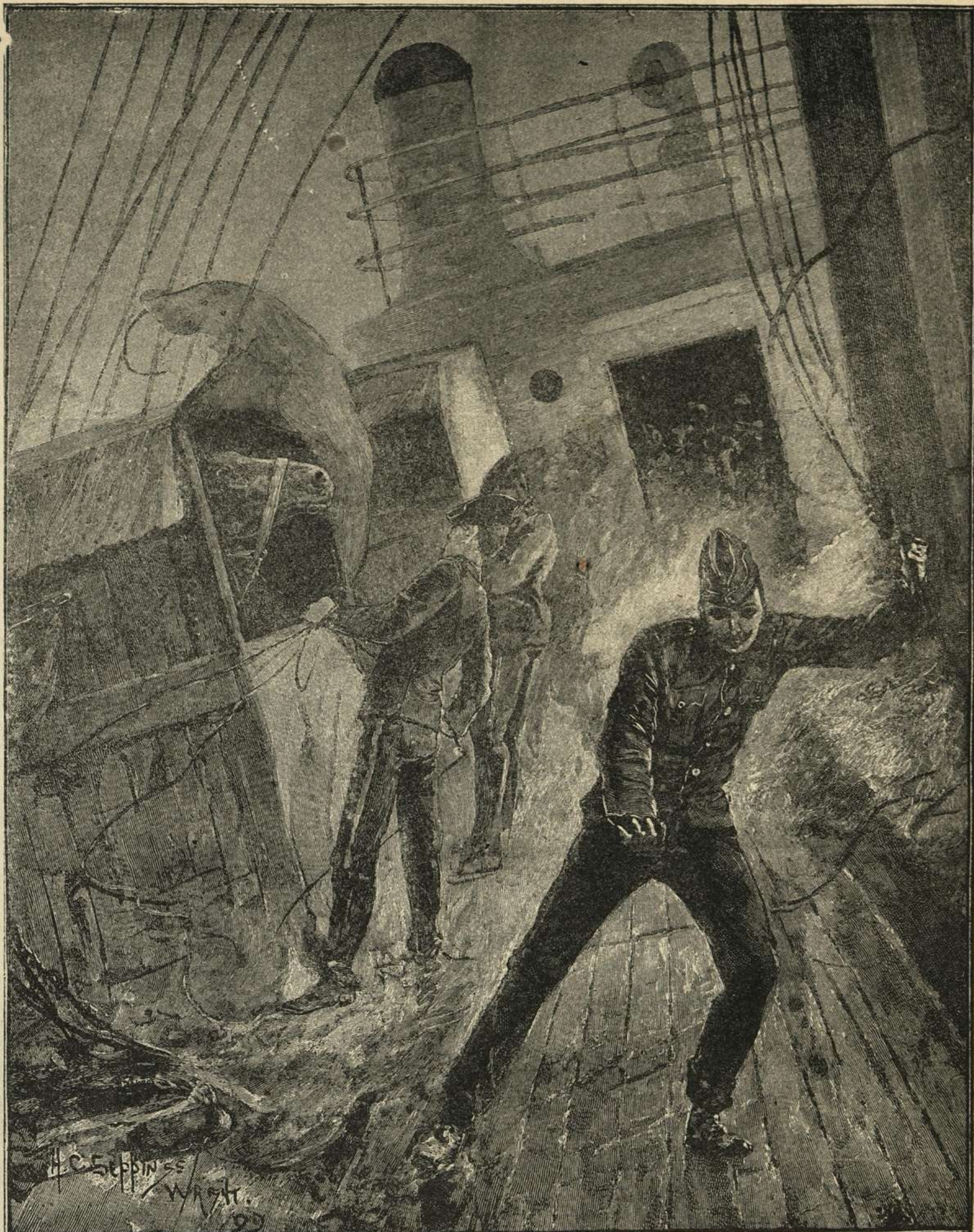
El paseo siguió en la Alameda Porfirio Díaz, concurridísimo por todas las clases sociales y amenizado por tres bandas de música.

En lo general casi toda la Ciudad se engalanó para la fiesta de que hablamos.

Los edificios públicos y particulares, presentaban en sus fachadas bellos adornos, figurando con profusión muchísimas banderas que ostentaban con gallardía nuestros colores nacionales.

Las Plazas de Zaragoza é Hidalgo estaban hermosamente adornadas con multitud de banderas y gallardetes.

Por la noche la iluminación de las Plazas de Zaragoza é Hidalgo y la vistosa ornamentación atraían con sus encantos irresistiblemente. Millares de focos incandescentes de colores y de luz de arco derrama-



Un transporte inglés batido por la tempestad en el Golfo de Vizcaya.

ban su fantástica luz sobre aquellos hermosos lugares.

La serenata, no obstante que al principio de ella hubo un paréntesis ocasionado por una fuerte lluvia intempestiva, estuvo esplendísimamente, durando hasta las once de la noche.

Gratos recuerdos dejó en el alma la manifestación que Monterrey ofreció al ilustre Gobernante de México, al Ciudadano dignísimo, cuya historia sin mancha ofrece nuestra patria como ejemplo de heroica virtud y de excelso patriotismo.

co obrero de la ventura humana. Que su inmarcesible memoria sea el faro que alumbre el camino de los que empiezan á vivir.

LUIS E. RUIZ.

LA NOVELA

DE

"El Mundo Ilustrado."

Como lo ofrecimos á nuestros lectores, este mes recibirán TODAS las entregas que faltan para la conclusión de la novela de Víctor Hugo,

"Nuestra Señora de París."

En nuestro próximo número reanudaremos el reparto, pues ya llegó el papel en que se imprime esa novela.

LA INSTRUCCION PRIMARIA EN MEXICO

DR. VALENTIN GOMEZ FARIAS

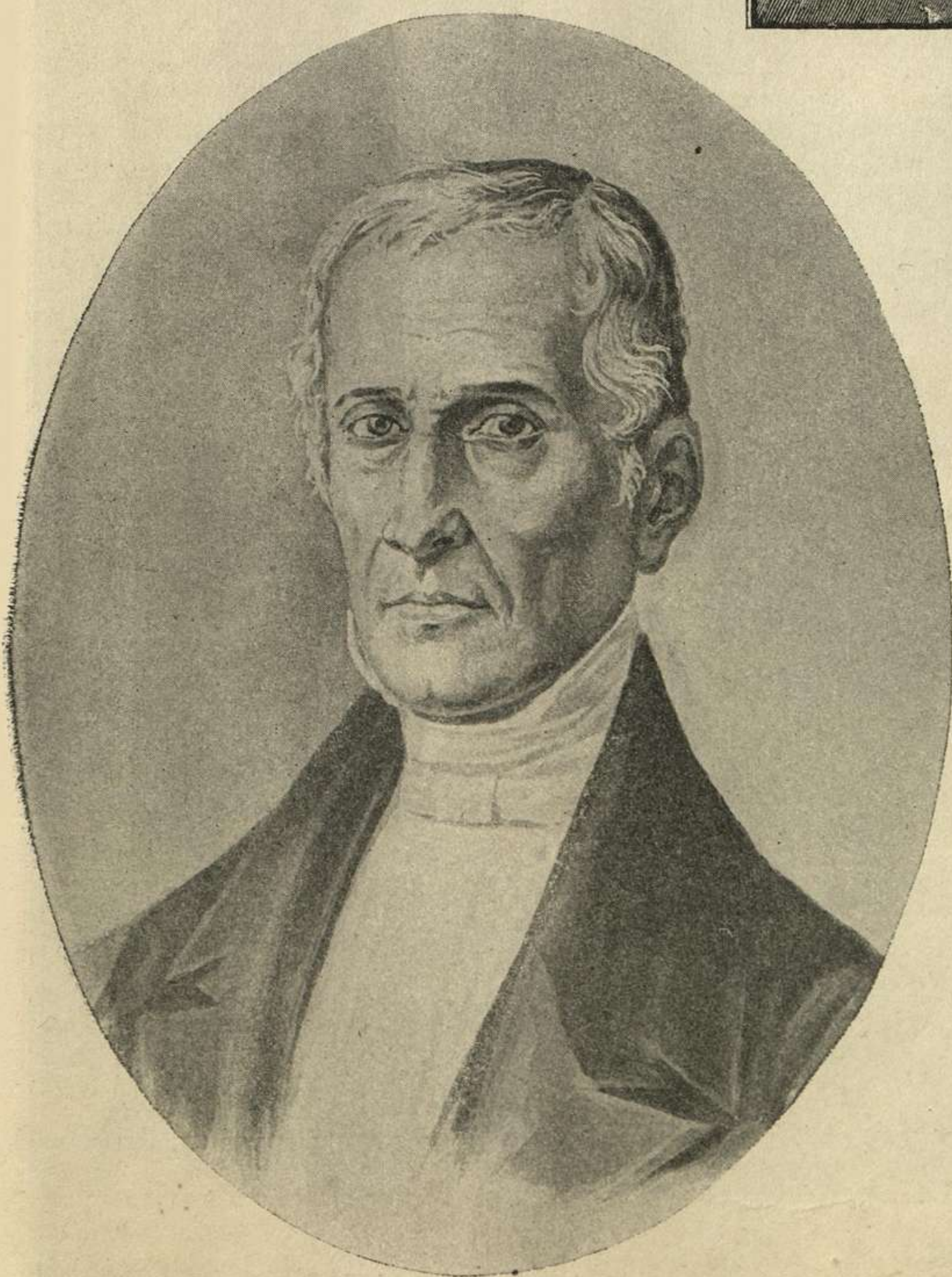
II

En el límpido cielo de nuestra amada Patria se presenta, cronológicamente, como segundo astro de la enseñanza primaria el benemérito Dr. Valentín Gómez Farías, llamado por muchos el Patriarca de la Democracia.

Ocupando la primera Magistratura de la República, el memorable año de 1833, expidió leyes y reglamentos que hermosamente forman la magestuosa portada del ya sólido templo erigido á la Instrucción Primaria en la Nación mexicana.

La claridad con que percibió los caracteres fundamentales de la Enseñanza pública, el acierto con que sustituía lo informe y sin objeto con la coordinación de medios para alcanzar un fin, bien definido, y la inflexible voluntad con que emprendió la gran tarea, hacen de este notabilísimo ciudadano, más que factor político, poderoso ariete de la reforma y el progreso sociales.

Este sencillo, pero sincero y grato recuerdo, es humilde homenaje al inteligente, al bueno y al enérgico



DON VALENTIN GOMEZ FARIAS.



PESCADORES.

Achille Granchi-Taylor.

manufacturan en la ciudad de Puebla; y el análisis de la materia prima vino á comprobar una vez más que los mármoles mexicanos, cualesquiera que sean sus especies variadas, compiten con el artículo similar que á los Estados Unidos se importa de otros países.

Debemos hacer constar que los mármoles que mayor aprecio tuvieron en el Certamen, fueron los que presentó el Sr. D. Amador Cárceas, de las ricas canteras que tiene en Jimulco, del Estado de Coahuila. Los visitantes tomaron diversos informes acerca de esos mármoles, los cuales obtuvieron el primer premio. Las ricas canteras del señor Cárdenas se verán muy en breve explotadas en toda forma, constituyendo la nueva industria una fuente más de riqueza para el Estado de Coahuila.

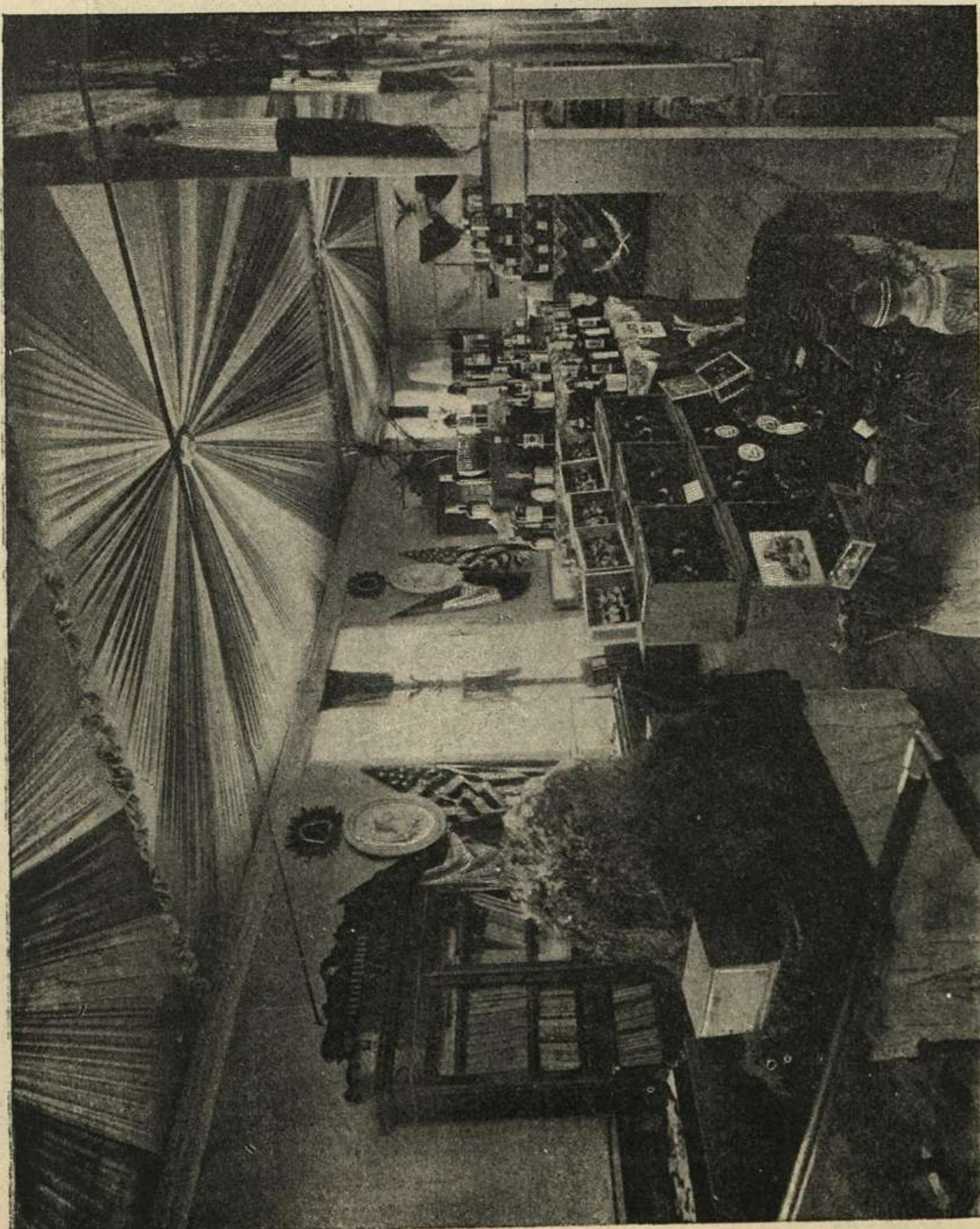
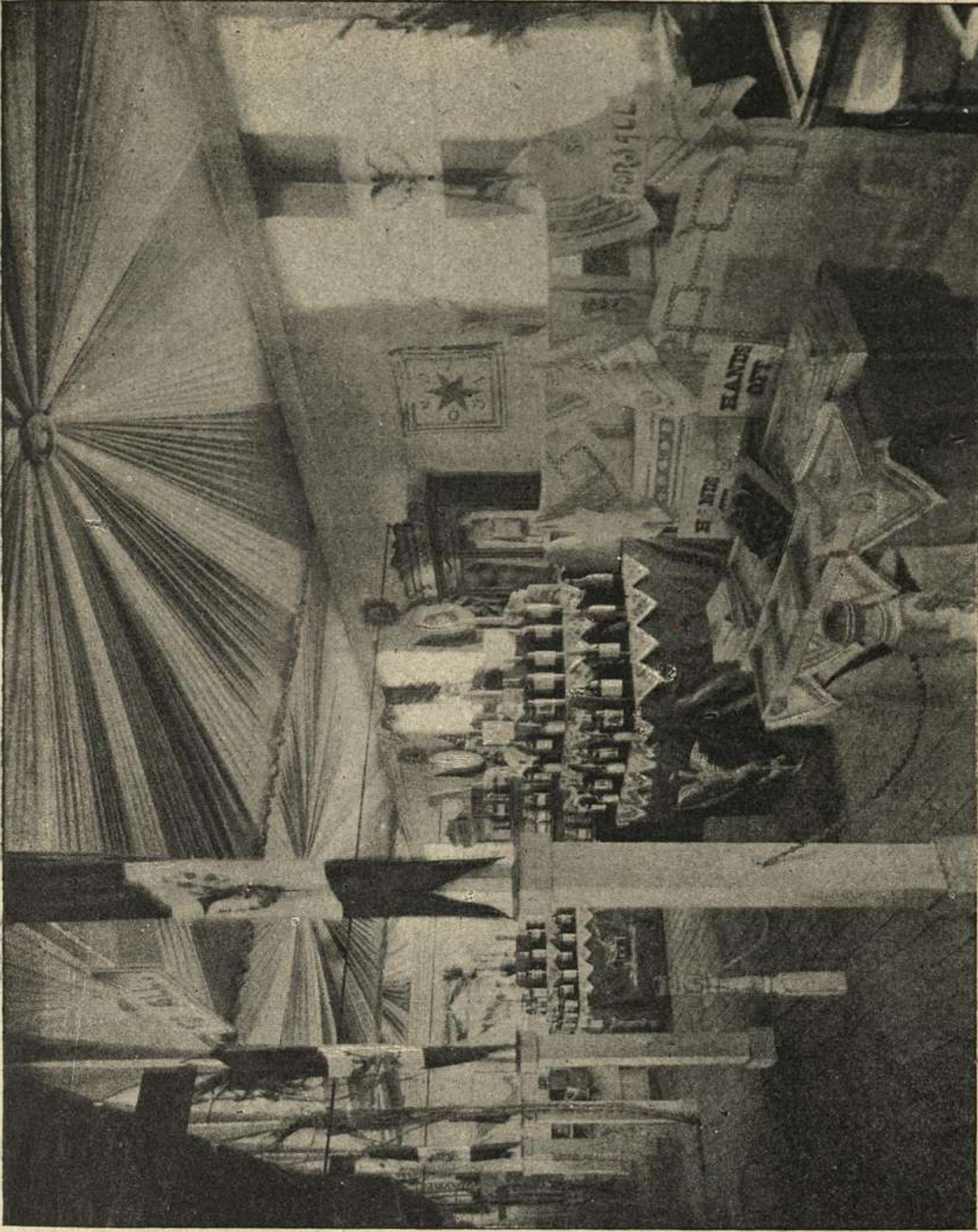
Otros artículos, como las frutas secas, alcanzaron el debido premio; gustan mucho los norteamericanos de esos productos, principalmente de los provenientes de la zona tórrida de México. Algunas de nuestras frutas son poco ó nada conocidas y por esa circunstancia no tienen demanda en los grandes mercados; pero hay otras en cambio, que desde hace tiempo han sido aceptadas y que van cobrando mayor demanda. Por lo que respecto á las frutas frescas, de las que no se enviaron ejemplares á la Exposición, po-

México en la Exposición Internacional de San Antonio Texas.

El vasto contingente que el Gobierno General de México y el de Coahuila remitieron á la reciente Exposición Internacional de San Antonio Texas, fué bien recibido en aquella importante población antes de ahora. No hay hipótesis alguna al asegurar que los miembros de la Dirección del Certamen esperaban mucho de nosotros, pues estaban y están ciertos de que nuestros elementos industriales y agrícolas bien podían entrar en concurso con los de algunos Estados de la Unión Americana, lo que resultó exacto del todo, con beneficio para los productores mexicanos y provecho para los comerciantes de una extensa región próxima al Bravo.

Entre los numerosos artículos enviados á San Antonio, llamaron la atención preferente los deshilados y mantas finas del Estado de Durango, ciertos cereales de zonas septentrionales, los azúcares de Morelos, los vinos de frutas que se elaboran en esta ciudad, los chiles jalapeños, poco ó nada conocidos en los mercados de Texas, y las labores manuales de señoras, debidamente apreciadas por los conoedores y las cuales no entraron en concurso por no haberse presentado en el Certamen objetos similares que pudieran fundar la competencia. Fueron también dignos de figurar en la Exposición los ricos cigarrillos y tabacos elaborados en México por casas bien conocidas y acreditadas. En este ramo se encuentra nuestro país á una altura superior á la de los Estados Unidos, toda vez que los productos naturales siempre han tenido la mejor aceptación en los mercados norteamericanos.

No obstante que los Estados Unidos pueden ser considerados como el granero del mundo, las muestras de trigo que fueron de México llamaron la atención por la calidad del cereal. Bien saben nuestros vecinos, que México tiene escasa producción de los principales cereales de consumo, pero no ignoran que en materia de calidad los nuestros son superiores á muchos de los que sus terrenos producen. Fueron objeto de especial atención las figurillas de teccali que se



demos decir que su calidad es superior á las análogas del país vecino y que la competencia que con las de California vienen sosteniendo, será mayor dentro de algunos años.

A juzgar por los conceptos vertidos en público por los señores Savers y Hogg, Gobernador el primero y ex-Gobernador el segundo del Estado de Texas, el interesante concurso de México determinó el éxito de la Exposición.

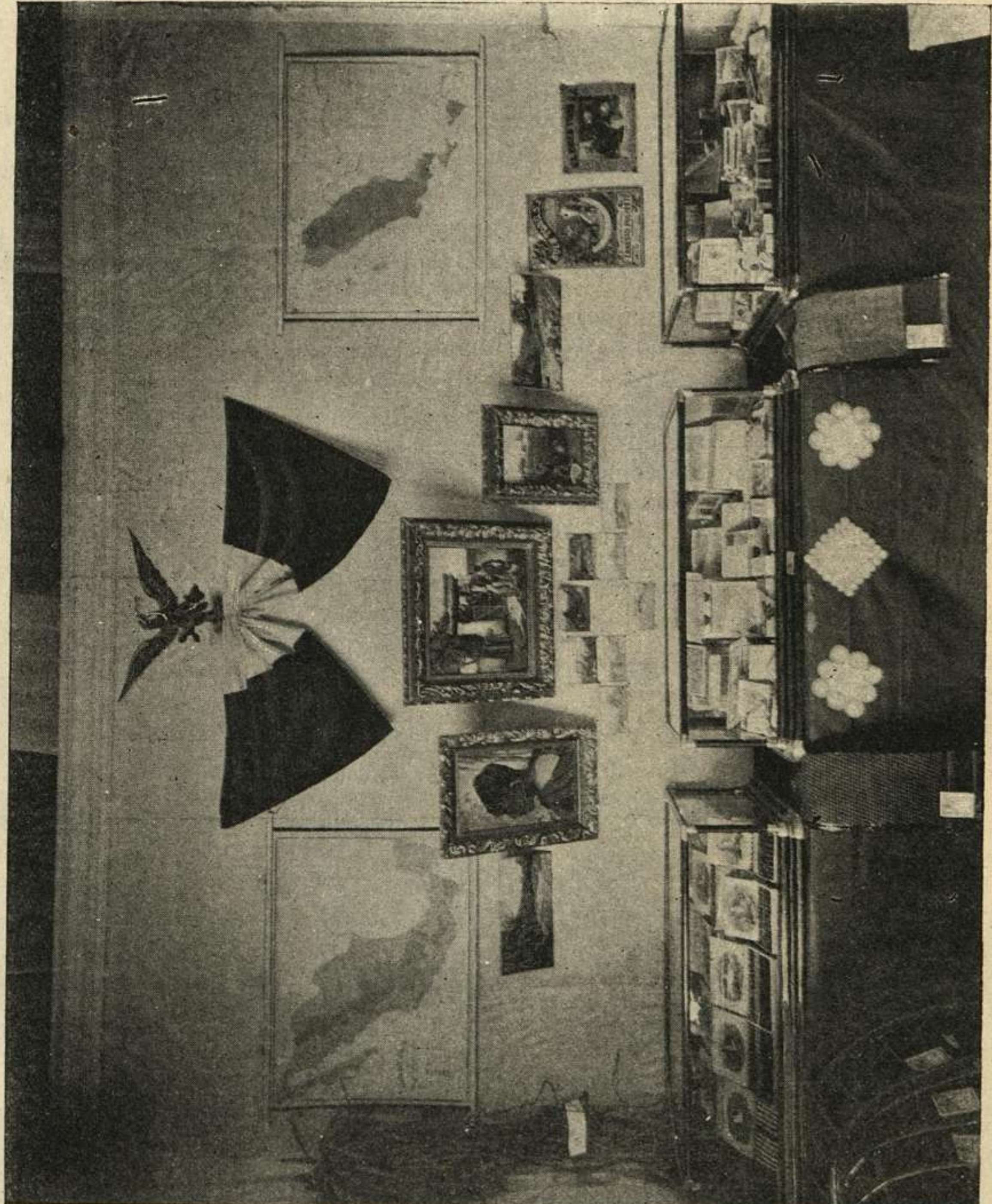
El Estado de Coahuila remitió su contingente por separado; cuantidades ricas agrícolas, industriales y mineras posee esa entidad federativa figuraron en el Certamen texano. Quiso el señor Gobernador Cárdenas corresponder ampliamente á la especial invitación que recibió para concurrir con los productos del Estado que gobierna, y contribuyendo al desalfo comercial entre los mismos y los hombres de negocios que tienen de vecinos muy cercanos.

El contingente presentado por el Delegado del Gobierno de México, constante de productos de esta capital y de algunos de los Estados de la Unión, obtuvo veintitres premios; el del Estado de Coahuila alcanzó cincuenta y seis.

Los grabados representan los salones del Departamento de México, en los cuales se exhibieron la mayor parte de nuestros productos. En estanterías de rica madera y vitrinas se ven las botellas de vinos, aguardientes y licores, las frutas secas, los puros y cigarrillos, los deshilados, las pinturas al óleo y acuarelas que tan bien recibidas fueron, los varios folletos y muestras de productos minerales que envió el Instituto Geológico de esta ciudad; en suma todos los artículos producidos ó elaborados en el país.

El Departamento mexicano, que obtuvo el primer premio por su adorno y decoración, estaba construido de madera, revestida en su interior por elegante tapicería de raso de los colores nacionales, en plissé. El aspecto de los salones era agradable por el colorido de los adornos y por la excelente colocación de los objetos, que formaban artísticos grupos.

Cuatro medallas especiales fueron concedidas por la Dirección del Certamen: una de oro para el Señor Presidente Díaz, otra de plata para el señor Secretario de Fomento, Ingeniero Fernández Leal, y



SALONES DEL DEPARTAMENTO MEXICANO EN LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE SAN ANTONIO, TEXAS.



Un entierro en Dawson (Klondike)

dos de bronce, una para el señor Gobernador de Coahuila y la otra para el señor Ingeniero Albino R. Nuncio, Delegado del Gobierno Federal en la Exposición. Los premios ordinarios, acompañados de sus respectivas diplomas, se entregaron ya á sus dueños.

EN KLONDIKE

Hemos elegido para esta plana dos grabados que muestran aspectos típicos de lo que es la vida y también de lo que es la muerte en la metrópoli boreal.

El primero es el cortejo fúnebre de Mrs. May L. Edgren, hija del Capitán Bennett, célebre en aquellas regiones. La llevan á su última morada los fieles

perros que pocos días antes la paseaban, feliz y sonriente, por la llanura cubierta de nieve.

No es un entierro común y corriente, pues se trata de una persona distinguida cuya muerte habrá sido comentada en Dawson como lo es la de una Carnegie en Nueva York.

**

El otro grabado es el arribo de un cargamento de oro á Dawson.

La policía escolta el convoy, cuyas mulas cargan cuatro sacos de oro cada una. Los sacos pesan cincuenta libras del precioso metal.

Ensayado éste, los bancos pagan de 80 á 90 francos por onza de 31 gramos.

Luego lo envían al Canadá ó á los Estados Unidos. Una cláusula del contrato celebrado por los Bancos y las Compañías de seguros marítimos estipula que en los buques que hacen la travesía á Vancouver ó San Francisco no podrá embarcarse más de cinco millones de oro virgen en cada envío.

Como rasgo curioso diremos que algunas de las notas que hemos consignado en *El Mundo Ilustrado* sobre la vida y costumbres de Klondike, las tomamos directamente de periódicos de Dawson en donde hay cinco publicaciones, una diaria y cuatro semanarias.



Llegada de un convoy de oro á Dawson.

UN GRAN BUQUE MODERNO.

La navegación marítima se ha transformado totalmente en estos últimos tiempos, no sólo por la aplicación del vapor, sino por el aumento de la velocidad que se ha obtenido después de aplicada la máquina de vapor.

Para satisfacer la necesidad creciente de rapidez en las comunicaciones, vemos que se ponen á flote buques cada vez más gigantescos.

La flota pacífica se ha enriquecido con dos poderosos leviatanes, el *Kaiser Wilhelm* y el *Oceanic*.

Pero al mismo tiempo que ganan en velocidad ganan en *comfort* los buques modernos. El lujo que hay en algunos de ellos es extraordinario. Los buques belgas que hacen el servicio entre Ostende y Duvres son soberbios; pero no igualan el lujo de los grandes paquetes de la Compañía de Mensajerías Marítimas.

Esta Compañía es la más antigua de todas las de navegación en Francia. Actualmente tiene líneas que surcan el Atlántico del Sur, el Mediterráneo, el Mar Negro y que pasando por el Canal de Suez llegan á los puertos de Indo-China y Australia. En esta última tiene sus buques mejores para luchar con las Compañías inglesas y los habitantes de la Gran Bretaña la prefieren á los buques de las empresas de su tierra.

Entre las últimas adiciones de la flota de las Mensajerías Marítimas, debemos citar el *Laos* y el *Cordilleres*, que ofrecen el lujo más grande que se haya visto á bordo y acaso en los mejores hoteles.

El *Laos* fué puesto al servicio público en Julio de 1897; es un poderoso navío de cerca de 150 metros de longitud total por 15,50 de anchura; desplaza 8,910 toneladas y en las pruebas dió una velocidad de 18 nudos y medio, aunque ordinariamente camina con una velocidad de 16 nudos, no teniendo que entregarse á la terrible competencia de los trasatlánticos que hacen el servicio de Nueva York.

El *Laos* tiene cabida para 143 pasajeros de primera clase, 71 de segunda y 81 de tercera.

Lo notable de este buque es su elegancia, como lo es de casi todos los de la Compañía propietaria del *Laos*.

Una conocida casa recibió el encargo de amueblar y decorar el salón de conciertos de primera clase, así como la entrada principal y dos corredores del puente superior.

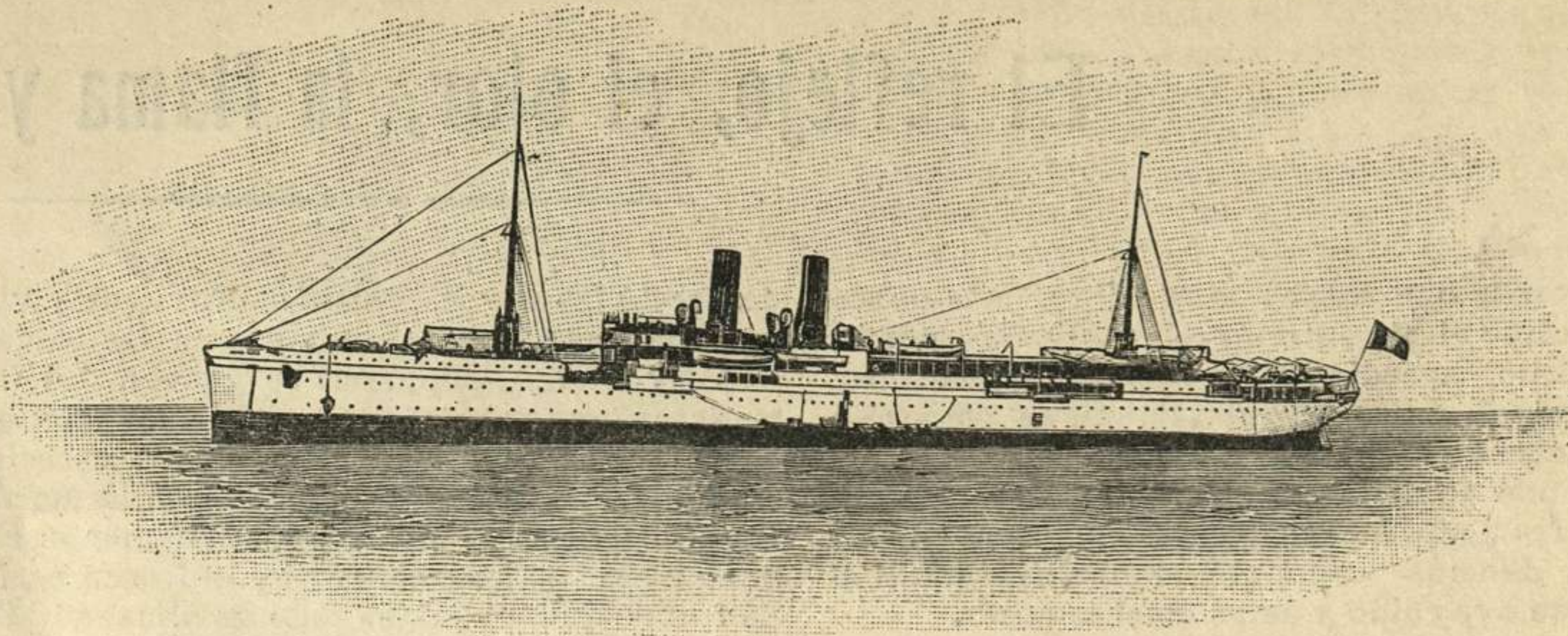
En el puente principal está el gran salón que se domina desde las galerías con balaustradas situadas á uno y otro lado de un gran espacio libre de donde recibe luz el salón.

Es maravillosa esta parte del buque. Las galerías cuyas balaustradas y puertas se ven en el grabado que representa el gran salón, están decoradas al estilo Luis XIII con profusión de ornamentos de un gusto exquisito. Hay en ellas notables *panneaux* de flores obra de un artista de talento, M. Cerbron. El mismo grabado nos presenta, transversalmente al salón, una balaustrada de madera y un vestíbulo con tapicerías, que da al salón de música.

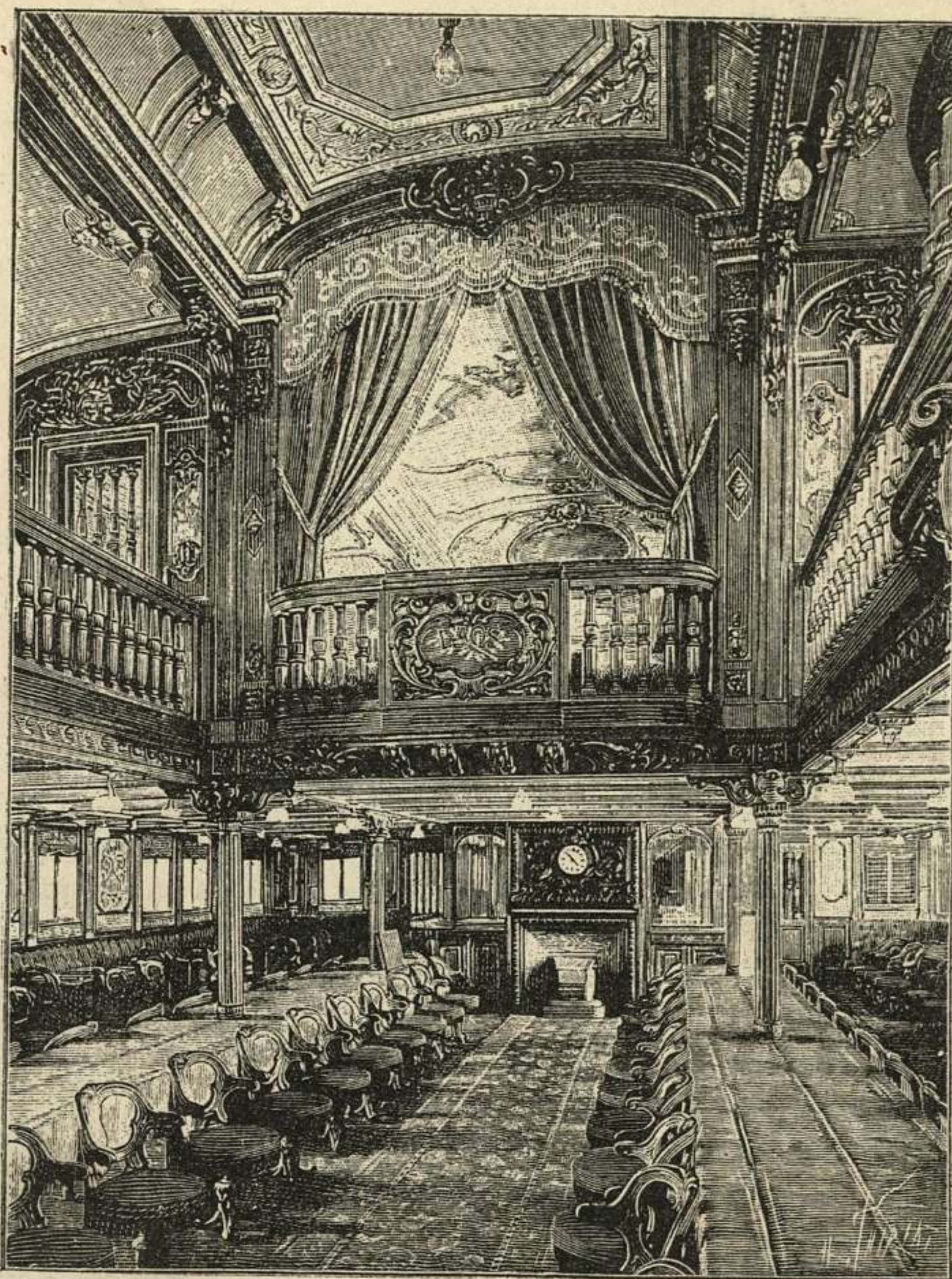
Este último es una joya estilo Luis XV: también lo reproducimos en esta página.

Las puertas vidrieras, las maderas esculpidas, los espejos, las pinturas de Cerbron sobre las puertas, el cielo pintado por Moreau-Neret, todo esto hace olvidar que está uno en un buque.

La parte decorativa del gran salón es de lo más bello y la profusión de luz y la amplitud de la estan-



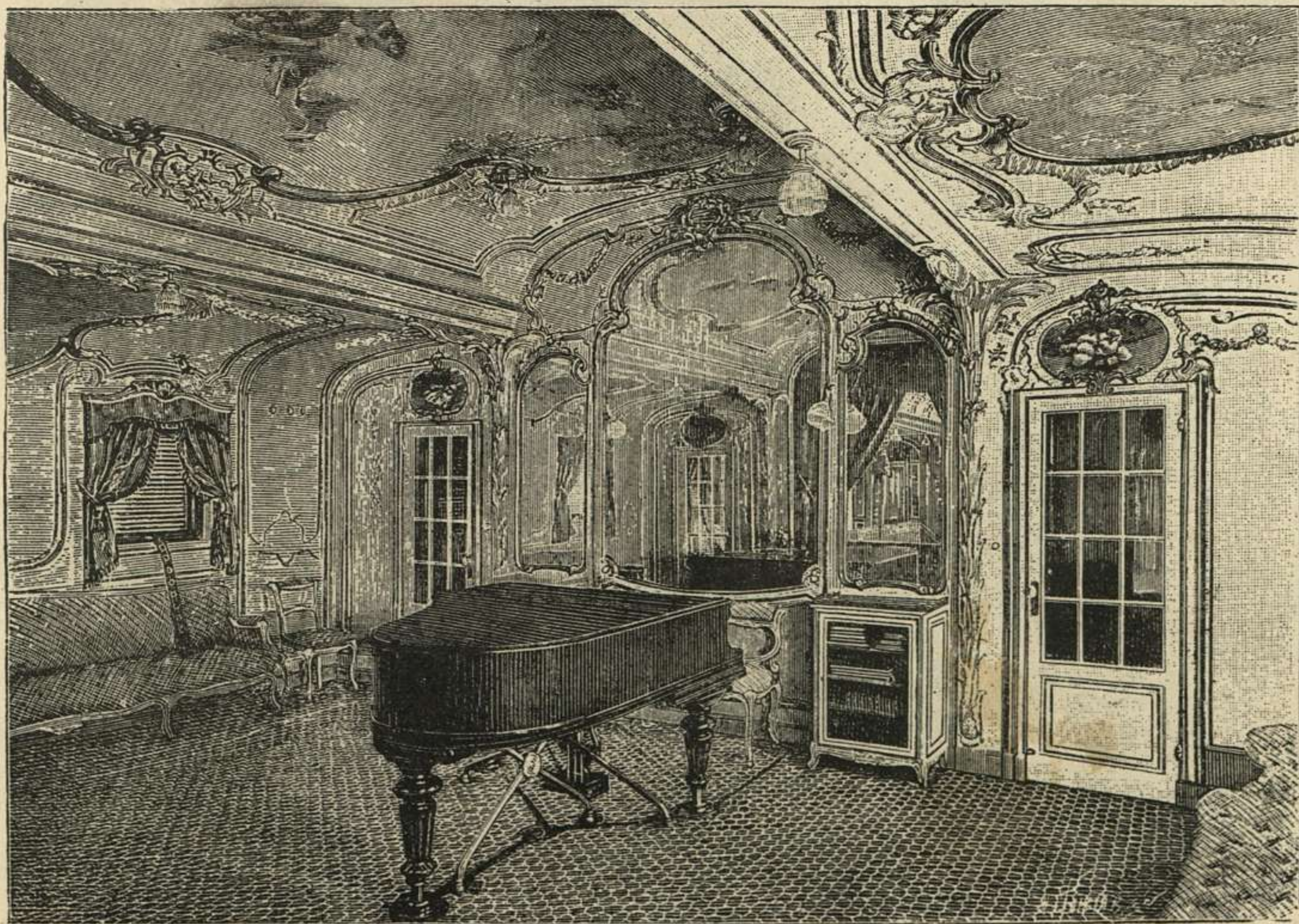
El Paquebot "Laos"



Gran salón.

cia hacen olvidar al viajero la sensación de asfixia que se experimenta en los buques de otra clase.

El salón de fumar es también elegantísimo y el aspecto de los dos que aparecen en esta página les indicará á nuestros lectores lo que será esa otra maravilla del lujo de los buques modernos que tienen la primacía en materia de seguridad, *comfort* y buen gusto.



Salón de Conciertos.

Las últimas aplicaciones de la ciencia

Los rayos X y la Tipografía

Ya se habla mucho en el mundo científico de la impresión por medio de los rayos X.

Dicen los que pretenden saberlo que esta aplicación científica está en sazón y que muy pronto tendremos libros y periódicos sin el concurso obligado de los tipógrafos.

Hace algunos años se pensó en reproducir sobre bloques de hojas de papel los caracteres de una hoja-tipo, empleando para ello la corriente eléctrica, como lo hizo Caselli en el pupitre de su telégrafo de 1864.

Los rayos X presentan un resultado más sencillo y día á día se multiplican las tentativas de los sabios en todos los lugares del globo.

Los rayos X pueden atravesar cien hojas de papel yuxtapuestas é imprimir radiográficamente todas á la vez en el momento en que se las sitúe ante un manuscrito-tipo ó un texto, para lo cual basta exponerlas algunos instantes á los rayos Roentgen.

**

Con lo dicho se comprende cuál es el nuevo sistema de impresión.

Para imitar la tipografía se cubre de tinta grasosa el papel-tipo y se escribe en máquina con tinta azucarada ó engomada, obteniéndose con el desarrollo caracteres negros en fondo blanco.

Para imprimir las dos caras del papel se sensibilizan en bandas paralelas, de tal modo que las líneas del anverso correspondan á las interlíneas del reverso; se pega el texto de ambos lados por bandas y en caso de corrección, se rectifica nada más la banda que contenga el error.

Naturalmente es posible radiografiar muchos bloques á la vez; si se opera con 20 bloques de 100 hojas cada uno, se obtienen como 6,000 ejemplares por minuto, pues se desarrollan y se secan automáticamente. Así, pues, diez personas producirían en ocho horas de trabajo más de 7.500,000 de ejemplares, desarrollados, lavados y secos.

Todo esto es seductor, pero la máquina de escribir no proporciona un texto regular y elegante, así es que tendríamos muchos ejemplares aunque detestables, á menos que se perfeccione la máquina de escribir y se obtenga con ella un texto que pueda servir de tipo.

También hay que examinar si industrialmente el tiro es más económico por la radiografía que por la prensa mecánica.

Esta es la incógnita del problema; pero de todos modos la impresión radiográfica podrá ser muy útil en ciertas circunstancias y servir como auxiliar del invento de Gutenberg.

NOTAS

Quando visito un país me preocupo menos por conocer las leyes que por saber si las aplican.

Montesquieu.

Las alianzas de un país valen lo que su gobierno.

G. Valbert.

El cumplimiento del deber, como toda victoria, es tanto más glorioso cuanto mayores son las dificultades que se han vencido.

Valltour.

El reflejo, el olor, la flama y la imagen.

Una tarde que estaba muy pobre, más pobre todavía que el día anterior que estuvo tan pobre, Albo Cirilo, hacedor de versos por vocación y muerto de hambre por costumbre, se empezó a convencer de que el tiempo era largo. No habiendo podido distraer su fastidio ni por su aplicación ferviente a acabar un soneto, tomó el partido de dar una vuelta por el boulevard: allí al menos se oye ruido y se ve muchas cosas.



Al torcer una esquina, camino del boulevard, vió por las cuatro ventanas abiertas de un primer piso un suntuosísimo salón, donde bajo los cristales deslumbrantes de las arañas coruscaban los moarés rojos de las tapicerías y de los muebles y chispeaba el oro de las molduras: algún salón preparado para una fiesta. Y más lejos, por el claro menos iluminado de otra ventana se veía las sedas pálidas y los encajes vaporosos de un lecho. Albo Cirilo, expulsado tres días antes de un hotelillo de la calle de Alemania donde ocupaba un cuarto miserable, juzgó brutal, mediocre y burgués el lujo de aquellos salones, y banal el elegante misterio de aquella alcoba. Y seguía su camino, cuando vió, sobre el asfalto brillante por la lluvia el reflejo del palacio. Lo vió hermoso, se inclinó, lo recogió como se haría con una hermosa tela, lo dobló cuidadosamente y lo guardó en la bolsa derecha de su gabán para hacer uso de él en caso de necesidad.

Un olor lo atrajo. Guiado por su instinto no tardó en encontrarse frente a un almacén de comestibles, donde tras el cristal de los escaparates, apezonados aquí y allá por las negras redondeces de las trufas, ostentaban los pavos sus enormes vientres entre dos platos de rombos adornados con perejil, bajo una especie de emparrado donde se entrelazaban ramas de cerezo y de donde colgaban naranjas y anonas con la corteza chorreando azúcar.

Desde que ya no tuvo crédito en el fonducho situado en la esquina de la calle de Alemania y del Ahorro, Albo Cirilo comía en las mañanas (nunca comía en las tardes) en un mezquino restaurante que vendía por seis céntimos una tajada de ternera porque era de caballo, y por tres una costilla de carnero porque era de perro. Cirilo

despreció los pavos, volátiles prosaicos y vulgares, los rombos tan estimados en las cenas de bodas y en los banquetes burgueses, las frutas maduras aunque exóticas, y sólo las diminutas naranjas que temblaban en el aire le parecieron graciosas, tan graciosas que las habría mordido. Una sola cosa le agradó completamente: el incitante olor de los manjares y el fresco perfume de frutas que exhalaba todo el almacén. Entre sus dos manos que cerró apresuradamente para que nada se escapase, aprisionó aquel olor y lo puso en el bolsillo izquierdo del gabán. Quizá se presentaría ocasión de servirse de él.

* * *

Una multitud ávida, en la que se veía por entre los cuellos de los hombres adelantarse cabezas de mujeres con los ojos deslumbrados, en la que se crispaban con instintos de apropiación los puños codiciosos, se agrupaba, se amontonaba, se encarnizaba frente a un escaparate de joyería que en un enorme estuche de terciopelo azul pálido, mostraba todas las alhajas de la archiduquesa de Tesalia: collares de triples sargas de diamantes del Brasil, brazaletes de rubies del Cabo y pendientes abiertos en pétalos de zafiros, como rosas hechas con esplendores azules. Cuando llegó de su provincia, Albo Cirilo trajo consigo una crucecita de oro hueco que su abuela, una anciana con la cabeza siempre envuelta en una mascarada roja, muy abigada, con las manos seniles vueltas hacia los brazos del sarmiento, bajo la gran chimenea, le había confiado como un talismán; y como la había empeñado en tres francos en el Monte de Piedad no se explicaba que se pudiese codiciar las vulgares alhajas modernas hechas con piedras finas que se encuentran en todas partes. Lo que hubiera querido ver era la diadema de la Paloma Pico de Hierro, con que Camira, reina de Asiria, viuda de Menonés y de Nino, se engalanó para desposarse en el sepulcro real con el cadáver de Ara el hermoso. Sin embargo, derramado por encima de las cabezas atónitas el esplendor del escaparate era, muy bello. Levantando una mano, Albo Cirilo atrapó aquella flama como se haría con una mariposa de luz y la encerró en uno de los bolsillos de su chaleco. En ciertas circunstancias las menores cosas pueden ser útiles.



en esa bajo la que late el corazón. Aquella imagen la sabría emplear muy bien, ¿cuándo? al instante tal vez.

Atravesó el boulevard, la Calle Real, Cruzó la plaza de la Concordia, costó el Sena, caminaba velozmente por la banqueta del muelle entre los transeúntes á cada momento más raros. No habiendo dormido desde hacía tiempo en un lecho, cansado, con el vientre adolorido á causa del poco alimento, sombrío por las tinieblas que arrojaba en él la esperanza extinta, y también de solado por no ser querido ni por la criada de la cortesana, buscaba algún refugio donde pudiera estar solo, aunque triste. Sabía que existe un puente cuyo primer arco cubre una ancha acera embaldosada. Allí había dormido algunas veces. Reconoció la escalera, se encontró completamente solo bajo la ojiva del arco, y el silencio ruidoso del agua corría á lo largo de las piedras.

Divagó largo tiempo.

Y sonrió

De la bolsa derecha de su gabán sacó el reflejo del salón y de la alcoba, más bello que la alcoba y que el salón, tapizó con él las piedras grises del puente y todo el crepúsculo y quedó en medio de una fiesta. Como tenía hambre tomó de su bolsa izquierda el olor de los manjares y de las frutas, y sobre una mesa ofrecida por el reflejo del salón hizo un hermoso festín. Pero ¡es tan lúgubre comer á oscuras! Se acordó de la flama que llevaba en su chaleco y al instante ardieron por todas partes diamantes más luminosos que los diamantes, zafiros más azules que los zafiros y todas las maravillas deslumbrantes de una ideal joyería; no, no eran más claros los fulgores de las pedrerías de la diadema de la Paloma Pico de Ilierro. Y en la incomparable luz, entre la pompa soberana de las telas y de los muebles de oro se puso á comer, teniendo en las manos un cuchillo y un tenedor de plata, platillos fabulosos y frutas que no se maduran más que en el jardín de las Hespérides. Comía furiosamente, comía y comía. Si por momentos se veía obligado á cerrar los ojos á causa de la mucha luz que había en torno suyo, no podía dejar de abrir más, más, y siempre más la boca, á causa de su apetito renovado por manjares milagrosos é imprevistos ¡Pero es tan fastidioso cenar solo! Y de la bolsa de su gabán, esa bajo la cual late el corazón, sacó la imagen, la imagen más bella que la Princesa, la imagen que parecía una



frágil mártir demacrada. Y cenaron juntos, la imagen y él, en el sueño del palacio y en el sueño de las pedrerías. Pero como el sueño á veces exige la realidad la llevó, reflejo ideal, al reflejo del lecho más misterioso en el inefable estremecimiento de las sedas y de los encajes. Y de la misma manera que había comido mucho á la luz de engañosas claridades, soñó mucho sobre aquel lecho de ilusión. Y se sentía transportado en una purificación celeste, hacia los países maravillosos del amor, donde los goces se perpetúan y se realizan los más locos deseos. Y soñando, soñando, le faltaron las fuerzas y el aliento y desfalleció extasiado.

*
*
*

Algunas horas después de salido el sol, el tranquilador de perros y descuatizador de gatos que une á su oficio ordinario la función de afeitar al aire libre á los marineros de los buques mercantes, vió á alguien que estaba muerto sobre el embaldosado, bajo el arco. Fué á avisar al comisario de policía que se apresuró á acudir acompañado de un médico. Un tumulto de gente que se amontonaba en torno del muerto, viendo los miserables vestidos, murmuraba: alguien que se suicidó á causa de la miseria, alguno que se murió de hambre. El Doctor, con una rodilla en tierra comprobó la muerte de Albo Cirilo. Pero ¡qué asombro cuando después de un examen atento del cadáver declaró que contrariamente á todas las verosimilitudes debió morir de un exceso de mesa, de indigestión en una palabra, y de algún otro exceso, un exceso de amor. Y los ojos de

Albo Cirilo no cerrados aún, estaban secos y calcinados como los de un hombre que hubiera estado mucho tiempo con la cabeza adelantada hacia un horno, ó que durante muchas horas hubiera visto de frente al sol.

CATULLE
MENDES.

LOS CUATRO PRETENDIENTES

En la aldea, entre las muchachas casaderas, tan sólo la hija del labrador Denizot era hermosa, con la belleza de la campesina, las mejillas rosadas y los brazos bien torneados y llenos de hoyuelos. Además, Celestina tenía mucho de señorita, pues había sido educada en la ciudad, en el colegio de las Hermanas.

Así, pues, los más apuestos mozos del pueblo habíanse enamorado locamente de la hermosa, y cada uno juraba conquistar su amor. Entre los enamorados contábase Teodoro, el hijo del alcalde, un poco pagado de sí mismo y que se moría por ejercer su mando á propósito de todo. Clemente era el segundo enamorado, un moreno muy peripuesto que estudiaba para profesor; y era el tercero Augusto, albañil inteligente, trabajador obstinado y hombre de constitución robusta que se ganaba espléndidos jornales. Era el cuarto pretendiente—aun cuando nadie lo sospechaba—Desiderio, un jovencuelo pálido, cuya inteligencia era mucho más aventajada que su persona, de modestos ideales y de carácter demasiado tímido para osar ponerse en competencia con los otros, contentándose con suspirar en secreto, y sin permitirse otra cosa que lanzar á la bella Celestina una mirada de soslayo cuando, al llegar el domingo, la muchacha iba á la misa pasando entre la fila de sus admiradores, muy bien vestida, con su aspecto un poco altivo que hacía á los mozos atuzarse nerviosamente el bigote, mientras que Desiderio se ocultaba detrás de ellos, avergonzado y confuso.

El tío Denizot y su hija no habían hecho aún su elección. Celestina era demasiado joven.

—No la casaré sino hasta que pasen tres años,—había dicho el labrador;—de aquí á entonces hay tiempo suficiente para escoger la mercancía y pesarla bien. Dentro de tres años Celestina hará su elección.

Así, los enamorados decidieron hacer proezas para ver cual de ellos se llevaba á la hermosa muchacha cuando llegara el tiempo fijado.

—Los galones!—dijo el primero, á quien gustaban las campañas y quien, por otra parte tenía



que hacer su servicio militar;—no hay para las mujeres sino la gloria; los galones de oro sobre las mangas y un hermoso uniforme. Voy á engancharme en Africa, y dentro de tres años, á mi vuelta, ya con el grado de sargento, me desposaré con la bella Celestina.

En cuanto á Clemente, que estudiaba para profesor, había resuelto irse á la ciudad para ingresar en la Escuela Normal.

—Profesor en un colegio, profesor en la ciudad, he ahí lo que es preciso que yo sea; un verdadero señor como M. Duhamel el profesor de matemáticas en el Liceo, que va por allí con su gran sombrero de copa, su bastón bajo el brazo, y una instrucción superior. De esta manera eclipsaré á todos los campesinos.

Por lo que hace á Augusto el albañil, no teniendo sino sus brazos para trabajar, tomó también su partido.

—Tres años... es preciso que en tres años haga yo una fortuna, una verdadera fortuna; que pueda yo llenar con oro un gran saco, para construirle á Celestina un castillo que haga palidecer á todos de envidia. Precisamente acaban de ser descubiertas en América unas minas de oro; allí es donde los hombres esforzados hacen su fortuna. Yo me casaré con Celestina.

Y Augusto se fué también como los otros, llevando algunas economías y sus dos fuertes y nervudos brazos.

Y así fué como en la aldea no quedó más pretendiente que Desiderio, tan inofensivo, tan tímido, que nadie se fijó en él... y sí por la primera vez Celestina.

Ahora que estaba él solo esperándola á la sa-

lida de la misa y que los otros no se encontraban allí para ocul-
tarlo con sus estudiadas posturas, Celestina no podía dejar de
mirarlo al pasar; y él, desembarazado de sus rivales, parecía más
alto y menos delgado, y sus grandes ojos se hacían más dulces
y tiernos cuando, con la punta de los dedos, ofrecía el agua ben-
dita á la muchacha. Así, poco á poco, Celestina llegó á encon-
trar gran placer con la presencia de Desiderio.

Y un hermoso día de primavera, fastidiada por la ausencia
de sus pretendientes, instintivamente buscó á alguien á su derre-
dor y sus miradas cayeron sobre Desiderio, mudo é inmóvil, ab-
sorto en la contemplación de
su amada. Ella entonces sintióse también conmovida, y
su corazón latió fuertemente
como nunca había latido ni
por el hijo del alcalde, ahora
en Africa, ni por Clemente que
estudiaba en París, ni por Au-
gusto que se había marchado
á buscar oro á Klondike.

El tío Denizot, al cabo de
algún tiempo, sorprendióse vi-
vamente al encontrarse, en su
paseo por el campo, con la
pequeña viña de Desiderio,
tan bien cuidada, que el fruto
parecía doble, y las cepas
más espesas.

—¡Vaya con el perillán de
Desiderio! ¡Quién lo hubiera
creído!

Absorto estaba á la vista de
tanta belleza, cuando se pre-
sentó Desiderio, un tarto con-
fuso por hallarse delante del
padre de la que adoraba.

—Y el perillán se pone co-
lorado siempre que me encuen-
tra, como si me hubiese robado algo,—pensó el
viejo.

Y como dijera esto en voz alta, un campesino
malicioso que á la sazón pasaba, dijo al tío De-
nizot:

—No enrojece por lo que te robó, sino por lo
que quiere robarte. . . . ¿Acaso no has observado
las tiernas miradas que dirige á tu hija á la sali-
da de la misa?

El tío Denizot nada dijo, y se fué prontamente
á su casa para interrogar á Celestina.

—Cierto—dijo la muchacha—y es verdad tam-
bién que lo quiero.

—¿Y los otros, Teodoro, Clemente, Augusto?

—¿Para qué se fueron?—dijo Celestina.—Si me
hubieran amado estarían aquí. ¿Es que puede uno
alejarse de los que ama? Lo que ellos querían
eran vuestras tierras. Además ¿dónde están ellos
ahora? Han visto ya el mundo y nos han olvida-
do, es seguro que no se acuerdan de nosotros.

—Veremos—dijo el viejo—tienes que esperar
hasta que llegue la fecha que he fijado.

—Pero, padre ¿por qué he de esperar si es á
Desiderio á quien amo?

—He dicho que tres años,—dijo secamente el
tío Denizot.

.....

Pronto iban á terminar esos tres años, cuando
el hijo del Alcalde volvió. Buen soldado, oficial,
pero de conducta completamente deprava-
da, con el rostro ennegrecido, el uniforme aban-
donado y sucio, y un olor á ajeno que no le aban-
donaba nunca. Parecía haber envejecido diez
años, y desde su llegada se instaló en la taberna.

—Ya lo ve usted, padre, ¿á qué esperar más?

—He dicho que tres años.

Vino después Augusto. Tras de largas fa-
tigas había logrado recoger en Klondike un po-
co de oro, pero habiendo caído enfermo, su pe-
queño tesoro le fué robado, y con terribles penas
y trabajos había logrado volver al pueblo, gas-
tando lo poco que le quedaba en su pasaje y en
medicinas. Al verlo no se le hubiera reconocido,
tan amarillo estaba y tan pegada tenía la piel á
los huesos. Lo había perdido todo, hasta su fuer-
za y estaba oculto en su casa, lleno de confu-
sión.

—Ahora sí, padre, ya no hay que esperar—di-
jo Celestina con impaciencia. Amo á Desiderio,
¿para qué perder más tiempo?

—Falta Clemente.

El tío Denizot estaba ansioso por la vuelta de
Clemente, pues mucho era lo que á sus oídos ha-
bía llegado sobre las aptitudes del muchacho y
sus éxitos.

Y al fin llegó también; venía hecho un perro-



naje, con su gran sombrero de copa, su bastón
bajo el brazo, y su levita bien abrochada.

El tío Denizot al encontrarlo en la calle quedó-
se encantado, y mientras le echaba los brazos al
cuello con una ternura que ponía lágrimas en sus
ojos, se decía interiormente con un sentimiento de
orgullo: «He aquí el marido que necesitaba mi
Celestina; hoy verá cuánta razón tenía yo en
querer esperar hasta el último momento.»

—Al fin volvemos á verte, querido Clemente.
Mucho te has hecho esperar; pero ahora sí que to-
das tus ansias quedarán satisfechas y tus esfuerzos
recompensados. Celestina es tuya y la boda se
efectuará tan pronto como lo quieras.

—¡Cómo! ¿no sabe usted, tío Denizot?—dijo
Clemente un tanto sorprendido—¿no sabe usted
que me casé en París y que traigo conmigo á mi
esposa?

El viejo, avergonzado y confuso, no encontró
una sola palabra que contestar y se alejó apre-
suradamente.

Al llegar á su casa, fué Celestina quien le dijo:
—Padre mío, acabo de ver pasar por aquí á
Clemente, tan repantingado en su levita y tan
ridículo que aunque me suplicase de rodillas que
consintiera en ser su esposa, no accedería yo por
nada á su petición. Amo á Desiderio y pido á us-
ted su consentimiento para casarme con él.

—Lo tienes hija mía. Yo también he encontra-
do en la calle á Clemente, y me ha parecido lo
mismo que á tí, muy ridículo y muy pagado de
sí mismo. Avisa á Desiderio que consiento en tu
boda con él, y dile, además, que lo estimo y que
siempre lo he querido por haber reconocido en
él al hombre trabajador que para nada se ocupa
en vanidades.

Y la boda se efectuó poco después en uno de
los más hermosos días de primavera. Desiderio
estaba radiante de alegría y el rostro de Celesti-
na coloreado por la felicidad, parecía una rosa
silvestre caída sobre la nieve de su hermoso tra-
je blanco de novia.

ENRIQUE CORMELLE PERIER.



CANCION DEL ALCOHOL

Acaricio al Dolor y lo duermo
con mi onda que robo al Nirvana.
Este siglo caduco y enfermo
me apura, me apura como una tizana.

* *

Soy blanco, soy rubio, soy hecho con rayos de sol,
soy negro, s: y verde, soy rojo: me llamo el Alcohol.

* *

Contemplad la mundana balumba;
impotente el hambriento en su afán,
ve á sus hijos cual larvas de tumba
que sudan miseria, gritándole: *pan!*

¿Mas que importa la sucia caverna
y los gritos del lívido enjambre?
al entrar en la humada taberna,
se borra, se borra el fantasma del hambre.

* *

El que llora imposibles amores
y de lutos eternos se cubre,
y vió muertos sus sueños, cual flores
que tronchan los vientos del pálido Octubre,

En mis brazos de mago se enreda
y realizo su ardiente deseo:
yo le tiendo la escala de seda;
le finjo la dicha que tuvo Romeo.

Toda pena se ahoga en las cubas
donde bulle la sangre de Bacc,
exprimid las pletóricas uvas
y alzad el sonoro carquesio diosiacol!

* *

Soy blanco, soy rubio; soy hecho con rayos de sol,
soy verde, soy negro, soy rojo: me llamo el Alcohol.

* *

El anciano que trémulo marcha,
apoyando los piés sobre ruinas,
con la frente cubierta de escarcha,
con la vieja frente cubierta de espinas,

Halla en mí su ya muerta energía;
soplo en él los alientos del fuerte,
y al calor de mi roja ambrosía
piensa el pobre viejo que engaña á la muerte.

* *

Y ese loco genial que vislumbra
á la gloria—querida cruel—
y sólo halla la envidia—penumbra—
que marchita en su frente de augur, el laurel.

En países de ensueño se pierde,
y el arcano ideal quizá ve,
cuando prendo en su cráneo la verde
estrella de absintio que amó De Musset.

* *

Con mis aguas lustrales, remedio
el fastidio del oro: el spleen,
y á mis risas febriles, el tedio
reprime un bostezo, se vuelve Arlequín.

Enrojezco la faz de la Anemia,
mi caricia es mordente y extraña;
y en el fino cristal de Bohemia
ríe la burbuja del áureo champaña.

¡Sí! yo arrullo al dolor y lo duermo
con mi onda que robo al Nirvana.
Este siglo caduco y enfermo
me apura, me apura como una tizana.

* *

Soy blanco, soy rubio, soy hecho con rayos de sol,
soy verde, soy rojo, soy negro: me llamo el Alcohol.

RAFAEL LOPEZ.





PIERROT ENAMORADO

DE
LA LUNA.

La escena pasa en un parque Watteau bañado por la luz de la luna. Setos vivos. Bruma sutil. La luna llena, en el centro de la decoración, se refleja en un estanque azul rodeado por un brocal de mármol blanco. En primer término, á la derecha, un altar del Amor, bañado por la claridad de la luna y cubierto de guirnaldas. En el zócalo, la estatua del Amor-niño, con arco y carcaj, y dos alas blancas, se destaca blanco y sonrosado en el cielo pálido.

I

Pierrot llega corriendo como si alguien lo persiguiese. No viene vestido de largo saco flotante de algodón; trae una blusa algo ajustada de primoroso Gilles. Tiene la cara enharinada como siempre y la cabeza cubierta con su montera y un sombrerillo. Huye de Colombina quien le persigue como una abeja importuna cuyo rumor imita. Ella lo hostiga ó quizá lo cree loco porque está enamorado de la luna. Y ¿por qué no había de sentir ese amor? La luna es bella, suave, brillante, pura como un lirio, magnífica como una rosa. La contempla y la admira arrobado.

Le canta una balada.

Se arrodilla y eleva hasta ella una oración.

Lo llama con palabras dulces. Implora su piedad.—¡Nada!

Quiere ir á ella, puesto que ella no viene á él. Una navicilla está amarrada á la orilla del estanque; entra en ella y levanta los brazos hacia

la luna, exponiéndose á caer en el agua. Salta al brocal y se inclina. Quiere coger á la luna en el agua que le refleja y quiere besarla y se tiende en la orilla. Se moja los dedos y bebe un poco de agua que lo hace estornudar como un gato resfriado.

II

Llega Colombina, vestida con su falda rayada y su chal lila. Le hace á Pierrot amargos reproches. ¿Por qué huye de ella que lo cuida tanto y le da golosinas? ¿Ya no se acuerda de las piernas de carnero asadas, de los enormes jamones, de las tortillas de huevo tiernas y sabrosas? ¿Y los vinos suaves que calientan la sangre, y el champagne que estalla y hace espuma? ¿Y ella, el regalo más succulento, merece tanto desprecio? Sin embargo... Y se mira y encuentra que sus gracias son dignas de un Dios.

Pierrot permanece insensible.

—¡Vamos! Ella lo engañará con un capitán de bigotes de media luna, insolente y bello.

Pierrot no se inmuta.

—Entonces lo dejará por Arlequín, el brillante abigarrado.

Pierrot sonríe con incredulidad.

—¡Vaya! pues en ese caso, se irá con un banquero barrigudo, de cuyo vientre brotarán los luises de oro.

Pierrot se encoje de hombros.

Ella se desespera.

—Me mataré, dice.

—Perfectamente, yo te ayudaré. ¿Qué quieres, cuchillo, cuerda, fuego, veneno?

—¡Ay! exclama Colombina; ¡qué desgraciada soy! Todo por esa Luna maldita, pintada de blanco, horrible, vieja, decrepita! ¡uf! ¡horror!

Y amenaza con el puño á su rival, escupe en el estanque sobre su imagen. Pierrot indignado la amenaza y Colombina se ríe de él. Pierrot la persigue y ella se refugia en el altar del Amor.

III

Pierrot vuelve jadeante por la inútil persecución. Prefiere vagas amenazas contra Colombina invisible y cediendo á la fatiga se tiende sobre un banco de flores y se queda dormido.

IV

Colombina sale de su escondite y se desespera porque ama á Pierrot. En su angustia va á colgarse de su chal; pero vuelve la cara, ve al Amor niño de pie en el altar y se arrodilla é implora su auxilio con fervor.

El Amor sale de su inmovilidad, se anima, sonríe, se desespera, cambia de postura y recita unos versos.

—Puesto que siempre me has servido y Pierrot te abandona, voy á proporcionarte los medios para que lo castigues. Te olvida por la luna sin saber que ese amor es insensato. Diviértete á costa de él y para curarlo de su insania, conviértete en

HADA DE LA LUNA.

Suenan los timbales, caen las ropas de Colombina y aparece en la forma de media luna, vestida de falda

corta de gasa azul sembrada de pedrería y con una diadema en los cabellos. El rostro, los brazos y las piernas tienen la palidez del astro.

La luz nocturna se va disipando.

La luna del cielo, por efecto de transparencia, se reduce á su cuarto creciente.

Suspira un scherzo.

Es la primavera.

V

Pierrot despierta y admira, deslumbrado, al hada de la luna. ¡Cómo! ¿es ella? Sí, ella es; ha

bajado á la tierra; baila, simbolizando su danza la juventud de la Luna y su propia juventud. Pierrot quiere sujetarla, pero la virgen se le escapa de entre las manos y lo amenaza como si fuera una cabra, con la punta de la media luna luminosa, prendida en los cabellos.



Otra vez suenan lo timbales.

El hada de la Luna se convierte en luna llena con un disco diamantino en la frente. Al mismo tiempo la media luna del cielo ilumina todo su hemisferio. Se eleva una andante. Es el estío y la noche está clara. Se oye una danza sensual y lánguida: es la madurez de la luna, la luna mujer. Pierrot quiere estrecharla entre sus brazos, pero como está ella helada, lo hiela. ¡Bir!

Suenan de nuevo los timbales.

El hada de la Luna se transforma, ya no lleva en la frente sino un cuernecillo pálido y los cabellos se tornan grises. La luna del cielo se opaca, se opaca hasta no quedar sino un pequeño arco luminoso. La noche se ensombrece. Suspira un adagio. Espira la danza del hada; es el otoño de la luna y el otoño de la mujer. Pierrot se siente triste y desengañado como ella, cuya melancolía rechaza al amante.

Se oye el redoble de los timbales.

La luna desaparece. La noche es oscura. Es el invierno; nieva. La diadema desaparece de la frente del hada que se aleja entre las sombras, mecida por el lamento de un scherzo. Por fin Pierrot la pierde de vista.

VI

Asoma el alba triste y fría.

Pierrot se frota los ojos. ¿Soñó? Se siente fatigado. El frío de la mañana lacera su cuerpo y lo asaltan mil reflexiones burguesas. Si estuviera en su casa al lado de Colombina no sentiría frío, comería bien y bebería mejor. ¡Y los goces del amor!... ¿Para qué exponerse tanto? Siente que ya no ama a la luna. Lluve, el viento lo molesta; ¿y Colombina? ¿A dónde habrá ido? ¿Con Arlequín, con el capitán ó el banquero? ¿Se

habrá matado? Sí, probablemente; todo ha concluido y ya no le queda más salida que colgarse de un árbol. Coge el chal de Colombina, hace un nudo corredizo y busca con la vista una rama a propósito.

Entonces el Amor extiende el brazo y en clásico verso reprocha a Pierrot su inconstancia. El Amor es quien ha convertido a Colombina en el hada de la Luna, a fin de curar de su pasión a Pierrot.

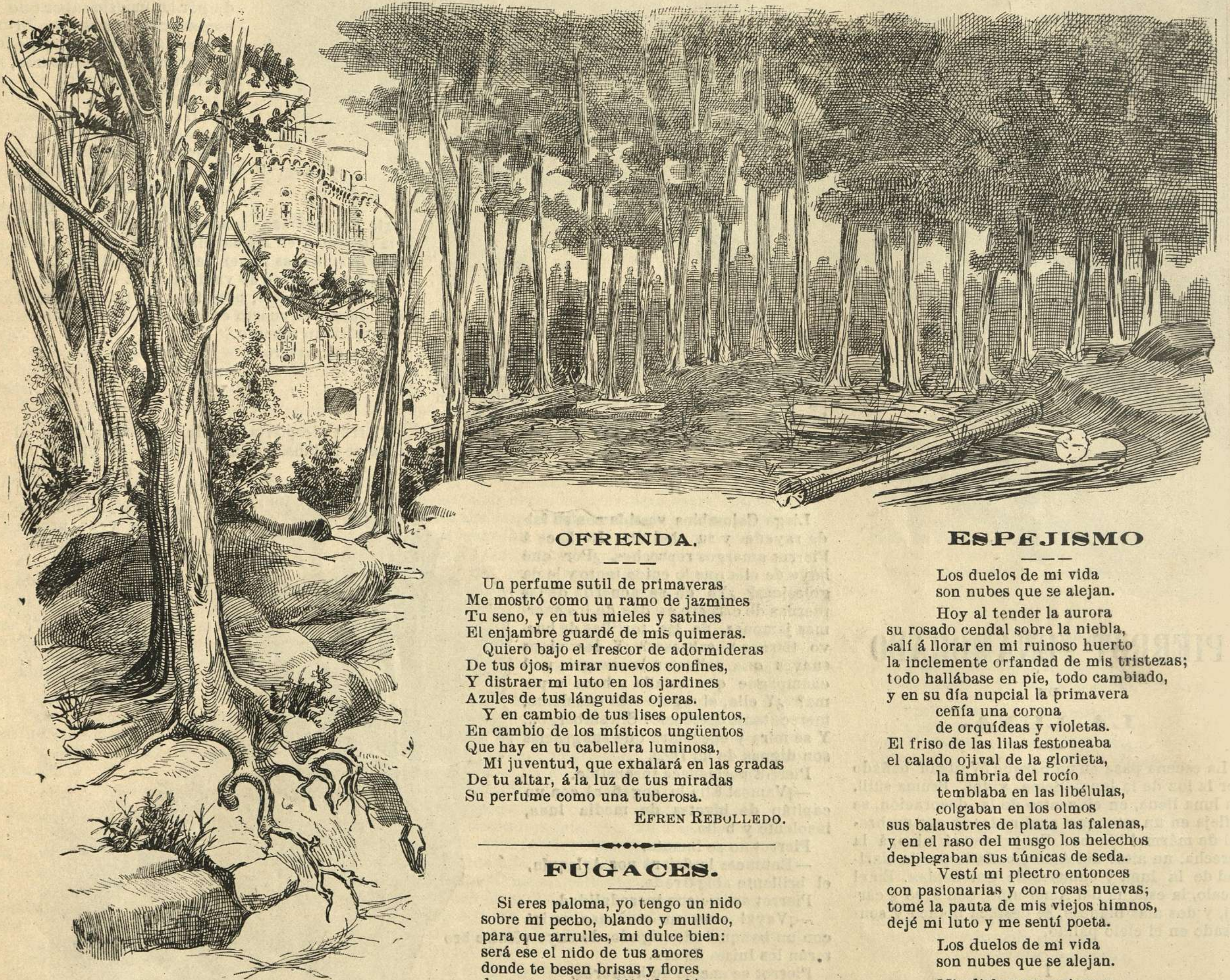
Si éste promete ser cuerdo, se la devolverá.

—¡Amala siempre! dice el Amor en tono imperioso.

Juramentos apasionados de Pierrot, el Amor bendice a la pareja.

Fuegos de bengala.

PAUL MARGUERITTE.



LOS BESOS.

Dame tus manos puras: una gema
Pondrá en cada falange transparente
Mi labio tembloroso, y en tu frente
Cincelaré una fúlgida diadema.

Tus ojos soñadores donde trema
La ilusión, besaré amorosamente,
Y con tu boca rimirá mi ardiente
Boca un anacreótico poema.

Y en tu cuello velado por las gasas
Del corpiño, pondré un collar de brasas,
Que tus hombros pulidos y morenos
Queme, y cuando en tu alcoba lo desates,
Ruede como una lluvia de granates
Martirizando el lino de tus senos.

EFREN REBOLLEDO.

OFRENDA.

Un perfume sutil de primaveras
Me mostró como un ramo de jazmines
Tu seno, y en tus mieles y satines
El enjambre guardé de mis quimeras.
Quiero bajo el frescor de adormideras
De tus ojos, mirar nuevos confines,
Y distraer mi luto en los jardines
Azules de tus lánguidas ojeras.
Y en cambio de tus lises opulentos,
En cambio de los místicos unguentos
Que hay en tu cabellera luminosa,
Mi juventud, que exhalará en las gradas
De tu altar, á la luz de tus miradas
Su perfume como una tuberosa.

EFREN REBOLLEDO.

FUGACES.

Si eres paloma, yo tengo un nido
sobre mi pecho, blando y multido,
para que arrulles, mi dulce bien:
será ese el nido de tus amores
donde te besen brisas y flores
de un armonioso, fúlgido edén.

Si eres ensueño, tengo una mente
bañada en rayos del sol ardiente
que hiere el prisma de lo ideal:
allí viviendo feliz y hermosa
entre ilusiones color de rosa,
serás la reina, la sin rival.

Si eres aurora, tengo en el alma
límpido cielo que en grata calma
luce esplendente su regio azul:
cuando tú llegues á ese palacio,
tendrás alfombras de oro y topacio
y albos cendales de leve tul.....

Mas si al fin eres mujer altiva
que cruza el mundo provocativa
cual bella sombra de una visión,
para ti tengo luz en la mente,
nido en el pecho, cielo esplendente
dentro del alma, y un corazón.

RANULFO PENAGOS.

ESPEJISMO

Los duelos de mi vida
son nubes que se alejan.

Hoy al tender la aurora
su rosado cendal sobre la niebla,
salí á llorar en mi ruinoso huerto
la inclemente orfandad de mis tristezas;
todo hallábase en pie, todo cambiado,
y en su día nupcial la primavera
ceñía una corona

de orquídeas y violetas.
El friso de las lilas festoneaba
el calado ojival de la glorieta,
la fimbria del rocío
temblaba en las libélulas,
colgaban en los olmos

sus balaustres de plata las falenas,
y en el raso del musgo los helechos
desplegaban sus túnicas de seda.

Vestí mi plectro entonces
con pasionarias y con rosas nuevas;
tomé la pauta de mis viejos himnos,
dejé mi luto y me sentí poeta.

Los duelos de mi vida
son nubes que se alejan.

Mis dichas resurgieron;
volví á cantar la reja
velada entre jazmines,
nelumbos y camelias;
torné á evocar la imagen

sobre el mástil de cuya sien la estrella
temblara como nívea mariposa
sobre el diáfano tul de una calénduia;
soñé con un esquisse fulgurante,
con un lago de azúmbares y anémonas,
y entreví la eminencia de una costa
sobre el púrpura azul de cuyas peñas
destacara el castillo de la dicha
la corona triunfal de sus almenas.

Todo alzaba otra vez en su lenguaje
la canción festival de las promesas;
mis sueños renacían,
tornaban mis quimeras.

Los duelos de mi vida
son nubes que se alejan.

PEDRO J. NAÓN.